

BARRA LIBRE


BARRA LIBRE

GEMA FERNÁNDEZ · LAUREN GARCÍA · SANTIAGO BERTAULT · JAVIER F. GRANDA · VIRGINIA GIL TORRIJOS · MANOLO D. ABAD · TAMARA CAMINO · JOSÉ YEBRA · HERNÁN VALLADARES ÁLVAREZ · RUBÉN RODRÍGUEZ · FEE REEGA · CEFERINO MONTAÑÉS · FERNANDO ROMERO · ROSA CORDERO DÍAZ · ERNESTO COLSA · AIDAN MCNAMARA ·

BARRA LIBRE

OVIEDO · MMXVIII

Edición al cuidado de Javier F. Granda.
Edita: Amadeo Fernández Durán & Javier F. Granda.
Depósito Legal: AS-00646-2018.
Primera edición: marzo 2018.

Bienvenido, lector, a estos bares donde te invitamos a adentrarte. Son tantos como puedas echar de menos si no encuentras el que estabas buscando. Que eso no te desanime pues no hay bar que por bien no venga. Cada bar es un reducto, un escenario vital, un lugar de encuentro, y ese encuentro es a veces con uno mismo. Pero un bar no se queda en la propia percepción, se instala en el pensamiento y deseo colectivo, en la mente universal, se conforma de muchas presencias e identidades, entre las que está la tuya propia, la de cada uno de los que cruzamos sus puertas. El bar es uno y múltiple, es lugar donde se airea la personalidad y se moldea a sí misma la clientela en un flujo de relaciones visibles e invisibles. En este proceso de socialización se abren espacios de comunicación y propuestas que están en la base de nuevas mentalidades. La sociedad se reinventa en los bares.

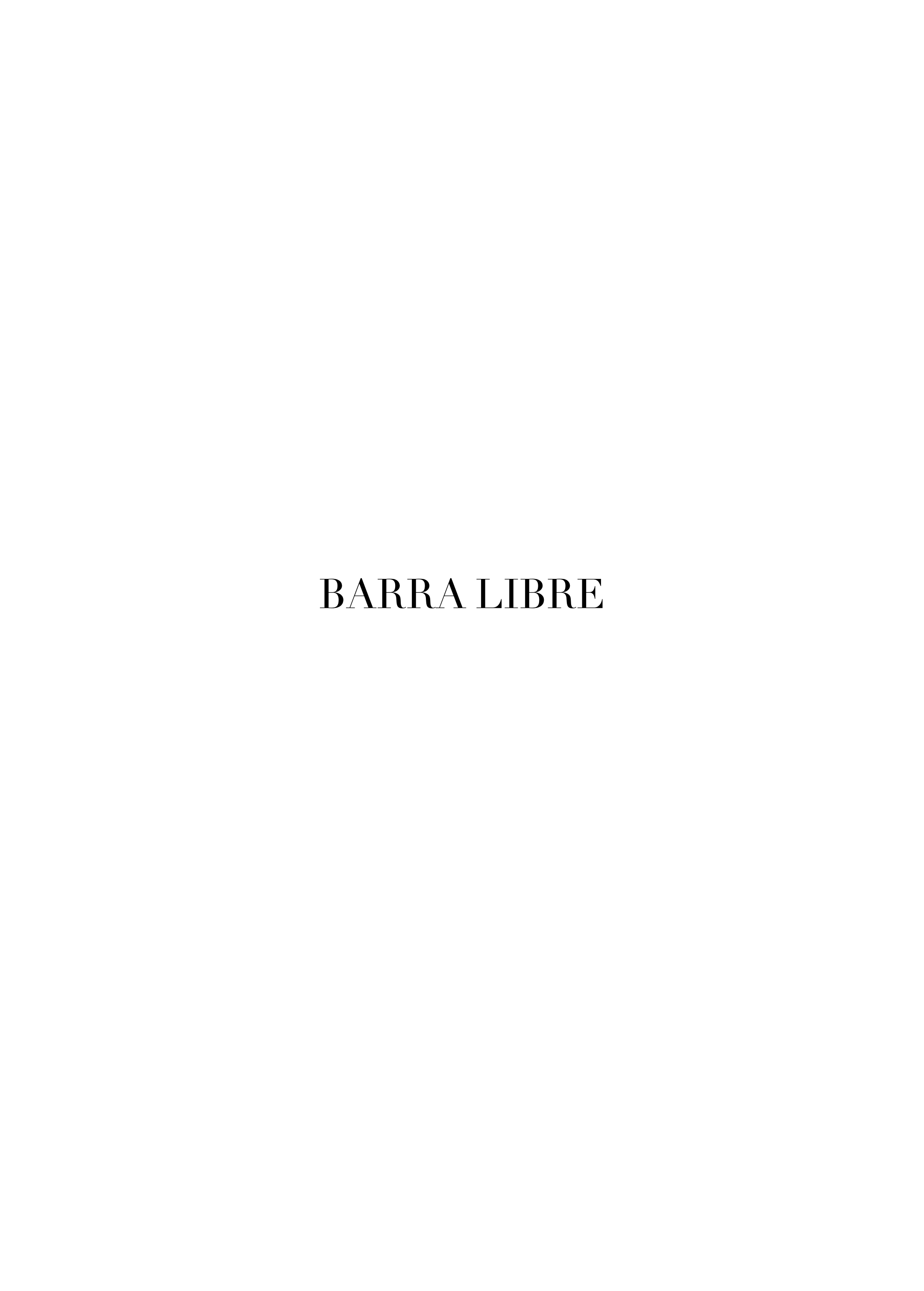
La idea que subyace en este libro es la de poner de manifiesto a través de dieciséis textos que nada tienen que ver entre sí, exceptuando la esencia que los reúne, el tema sobre el cual se conforman, la manera en la que se puede abordar la idea de «bar» desde diferentes subjetividades. Estas formas son las que, en adelante, podrás descubrir. Huyen estos textos de la ficción y, por el contrario, se posicionan en la narrativa de la experiencia, de

lo vivido. Uno de los grandes valores del libro es precisamente mostrar para comprender y tomar referencias, si de algo sirve, de cuál es la dimensión del bar para quienes aquí reflexionan sobre ellos.

Agradecemos el compromiso que todos los escritores han mostrado con la propuesta y a Luz Sol, que ha realizado tantas sesiones fotográficas como personas implicadas en el libro y por el enorme trabajo que nos ha regalado. La fotografía de Hernán Valladares, a quien también debemos la revisión de los textos, es la única que no se incluye en estas sesiones de Luz. A los patrocinadores, agradecerles una vez más, su apoyo y confianza.

En este libro no existe el derecho de admisión, nace como barra libre donde poder servirte a tu gusto. Solo deseamos que disfrutes de las experiencias literarias y vitales que se abren entre sus páginas. ¡Salud!

Los editores



BARRA LIBRE


CAPACIDAD MAXIMA
DE ESTE LOCAL
PERSONAS

LA CAJA DE MÚSICOS

Gema Fernández

Una busca sin saberlo. Acuerda con su sombra la predisposición a quedarse varada en el asombro, a distinguir de pronto un resquicio de luz en la escala de grises de la paleta urbana, una mirada limpia que le permita obviar sus propios puntos ciegos.

Una busca sin importar el qué, el cómo, el cuánto, el cuándo, sin saber exactamente qué dirección tomar, hacia dónde camina, qué distancia salvar, cuál atacar... porque hace mucho tiempo que ha logrado entender que el sentido certero, si es que existe un sentido vital para sus pasos, lo marca el corazón y no sus pies.

Y en ese deambular introspectivo, esa eterna mudanza de una misma, a veces una encuentra en una caja las múltiples maneras de perderse, de acabar diluida en las vidas de otros hasta reconocerse por completo.

La palabra "caja", etimológicamente, proviene del latín "capsa" que a su vez deriva del verbo capere (tomar, asir). Es un receptáculo de diversos materiales cuya finalidad es guardar cosas en su interior para almacenarlas, preservarlas o transportarlas. Pues de eso quiero hablar, de un lugar que es una cápsula que nos contiene y nos aísla de la rutina y "la normalidad".

A La caja de músicos se llega por instinto o no se llega. El nombre de la calle, "Buen suceso", ya hace presuponer que inevitablemente te estás aproximando a una cosa especial, un "vete tú a saber qué" prometedor. Desde fuera apenas se distingue el interior, lo suficiente para saber que hay una barra y detrás de la barra un camarero y tras éste millones de secretos soplándole al oído la intimidad ajena, cautivos en su memoria por esa confidencialidad, exime de contratos que debe regir la ética, si es que se tiene, profesional y tras esos secretos probablemente una casi certeza de poder compartir una caña, una copa, cualquier cosa... un silencio, con algún otro náufrago de barra que, ya sea por intuición o por fe tabernera, ha acabado arrojándose también a las profundidades de esta caja febril y semidadaísta. Pero desde fuera, desde el exterior de ese espacio, es imposible intuir lo que dentro se cuece... lo que tanto enriquece al que se por fin se adentra.

La primera vez que atravesé sus puertas lo hice, como otros peregrinos de la noche, atraída por la música, ese canal de comunicación universal que excita la imaginación humana, que agita la conciencia individual, que tiende lazos, que invita a la fuga, que aparca la sensatez en doble fila y cuelga la prudencia del perchero. Música en directo, sin enlatar, música donde el público tiene siempre la última palabra y el músico la penúltima nota a ejecutar. Música en vivo en ciudades raquíticas con aceras dolientes de una mudez impuesta, ciudades oscuras donde la agonía cultural retumba en los suspiros de la resistencia, en la firme esperanza de aquellos que jamás tuvimos miedo al "ruido".

Recuerdo que tocaba un trío de jazz. El público era escaso pero atento, manifiestamente devoto en sus aplausos. Yo los miraba desde la puerta, pájaros sin cielo escogiendo una superficie más austera para batir las alas. La calle era un perfecto folio en blanco y en ese pub recóndito, infravalorado, se tornaba posible redefinir los poros de la piel y pintarlos al margen de los márgenes, y exactamente así me sentí yo, aquella primera vez que… en ese primer momento cuando… así me sentí, parte del eclecticismo de un collage armónico donde convergían los anhelos pospuestos, los sueños exiliados a un territorio demasiado próximo a la comodidad, la realidad difusa de todos los que tratábamos de imbricar una porción de felicidad en eso que llaman vida.

"Poseemos en nosotros mismos toda la música: yace en las capas profundas del recuerdo. Todo lo que es musical es una cuestión de reminiscencia. En la época en que no teníamos nombre debimos haberlo oído todo" afirmaba Cioran, y tomando como certero este pensamiento, podemos corroborar que la Caja de Músicos no es un lugar exclusivo para profesionales del instrumento, ni mucho menos un escaparate al servicio de los artistas más vanguardistas, la Caja de Músicos es el punto de inflexión a partir del cual nos recordamos poseedores de todas las canciones y todos los poemas y todos los diálogos de todas las películas y todas las tendencias pictóricas, dramáticas, vocales, corporales, y todas las corrientes desechadas y las más laureadas, pero también de todas las tristezas, todas las carcajadas, los enamoramientos, las traiciones, los encuentros casuales, las soledades no escogidas, los afectos electos... y es por eso que justo al

cruzar sus puertas automáticamente nos innominamos, desnudamos el yo, los egos adyacentes, porque allí no hace falta carta de presentación para reconocernos afines a los otros, los que justo a nuestro lado tararean tímidamente la letra pegadiza de una misma canción.

Desde mi posición fronteriza escudriño los rostros de la gente... me doy cuenta de que a sus espaldas cargan también el peso de la invisibilidad, como si esa cualidad de pasar inadvertidos se hubiera convertido en un hábito a combatir. Alguien me mira a los ojos y el tiempo se ralentiza. Me siento cómoda, existe una atmósfera dentro de esa caja que nos vuelve valientes de repente, un crujido de aceptación, un ataque frontal a la impostura.

No, la Caja de Músicos no es un local de moda, ¿cómo podría serlo? Si allí podemos ver un coro matriarcal y antifascista desmembrando armonías para que la totalidad de una canción brille con singularidad en el empaste sonoro del conjunto… y ¿quién sabe? Seguramente también desfilará un pintor con alergia a los pinceles, un profesor de inglés adicto al karaoke, una enfermera hipocondríaca, una reciente viuda que porta el peluquín de su marido en su bolso de cuero, una cantante muda, un soñador con insomnio, un crítico de arte con complejo de culpa, un bulldog con ínfulas de gorrión, una arquitecta que duerme a la intemperie... la aleación perfecta entre el frikismo y la genialidad, la más bella metáfora del absurdo. Y nadie juzga, porque no existe allí mayor legislación que el impulso animal de sabernos iguales debajo del pellejo, ganadores por fin en nuestra individual carrera de derrotas... y todo es amable.

No, claro que no, la Caja de Músicos no es un local de moda, es un compromiso con la libertad y la solidaridad, con el arte, con las cosas bonitas que tornan este mundo habitable, es un baúl ontológico, la chistera de un mago, el taller donde, probablemente, el reparador de sueños que cantaba Silvio restaura los anhelos furtivos de la psique humana.

Siempre he querido ser la bailarina elíptica de una caja de música de ébano, llamarme Elisa y ejecutar un brisé perfecto mientras Beethoven aporrea un piano y compone una bagatela que descifre mi nombre.

Sé que existe un lugar para desafiar la realidad, sé que existe, espero que, en domingos lluviosos como éste, me encuentre, como siempre, sus dos puertas abiertas.



LA CODICIADA COPA DEL «SOL Y SOMBRA»

Lauren García

Cuando empieza a anochecer, la plaza del Sol suelta los cabellos al viento y el tiempo cabe dentro de una litrona de cerveza. Entonces como la anunciación de la prolongación de la tarde abre el "Sol y Sombra", antes llamado "Flamin", con la intención de sellar un amor desarraigado y desgajado con la noche. El "Sol y Sombra" es un oasis que orienta y despista al unísono, un espacio en el que se sostiene la fugacidad de la libertad y cada copa es propiedad de una codicia generosa.

El propietario del bar, El Rubio, ha librado multitud de batallas nocturnas con el hiriente signo de las estrellas; conoce perfectamente la superficie rigurosa y libertina de la barra, la conversación extendida sobre las enredaderas de la madrugada y proyecta con perfección la temperatura en la que el cliente se sienta en el cómodo recodo de la amistad. Entonces se atraviesa la noche igual que se deja un túnel velozmente. Recuerdo noches de estimable insomnio charlando con él, de fútbol, música, o de las perradas y bendiciones de la vida. Sin duda, la sapiencia del que acumula noche como una copa larga tomada con calma en la marejada de la noche. Medicina

contra mi ansia, receta infalible asestando un golpe de tequila al feroz olvido.

Tiene el bar algo de templo de reserva espiritual musical, de canción esmerada en vinilo que retrocede con ebriedad e intensidad en el tiempo.

Música que mima y rasga el alma, que concede una petición al visitante que viaja por las décadas de unos clásicos que reviven la más espantada memoria: pop que encandila y rock de estirpe natural. Hay tiempo para adornar los estribillos, para calmar ansiedades trago a trago. La clientela sigue el ritmo de ser también intergeneracional.

Hay bares como el que nos toca en suerte que destilan un encanto intangible que flota en un ambiente que te sumerge en su esencia de licor puro y mestizo, en las vestiduras del amor inmediato que se elige con puntería de francotirador.

El "Sol y Sombra" rezuma un aroma de pequeño palacio con tintes de cabaret para celebrar una ceremonia que elimine los aires espurios; lo saben desde los estudiantes que quieren tumbar la monotonía de un plumazo a los bebedores solitarios que prescinden de su sombra con la fábula del alcohol. La penumbra que ilumina el local da cuartel a los abrazos que abrigan sinceridad, a los diálogos que enervan una sinceridad balbuciente.

Suena "She is like a Rainbow" de los Stones y las crepitaciones de la noche dan pie a las primeras farolas, el "Sol y Sombra" cierra sus persianas vibrantes: entonces todos los temblores ocultos de la noche sólo esperan el quejido del alba.


CHUVI'S

CHUVIS IS THE PLACE

Santiago Bertault

A lo largo de la vida de cualquier escritor, los "chigres" por donde repta suelen ser una fuente de inspiración para el mastuerzo que teclea. Pasan los años, los folios, las personas, los antros, pero muchas veces "El Eterno retorno" es inevitable en Oviedo y acabas viendo las mismas "jetas" en los mismos espacios. Ese aroma a familia de barra impostada que te creas según va pasando el tiempo nunca abandona la mente de un "seeker" de la literatura que dirían The Who. Ver cómo cambia el barrio, el personal que entra o sale de la zona, los oscuros secretos que guardan los muros y las bocas de la gente que deambulamos por cuatro paredes bebiendo distintos fluidos. En definitiva, sentir la Vida y poetizarla, "micronarrarla" o inventarla. Es una alquimia sencilla en la esencia, que no en el fondo.

Entrando en el meollo del asunto, vamos por partes que diría Jack el destripador: Mientras mucha gente escribe sin ir a garitos, hay otra que escribe en ellos o que, incluso en medio de la avalancha de seres "racionales", se queda sordomudo únicamente con el fin de escuchar algo que arranque a funcionar su cabeza. Porque, no olvidemos que un escritor no deja de ser un narrador del tipo que sea. En lo único que hay diferencia es en el pro-

ceso mental que cada cual sigue para terminar ensuciando el papel. Escribir sobre uno mismo suele ser la forma más fácil de empezar. Luego ya empiezan a venir las dudas “menopáusicas” cuando empiezas a mezclar realidad con ficción. Una especie de “tripi” mental te envuelve y, en muchas ocasiones, ya no sabes si escribes apelando a la memoria, la sensación, o al plagio elaborado. Se suele hablar de tener una voz, o eso por lo menos te dicen los que ya tienen oficio, que no siempre beneficio, en esto de las letras. Cuando la batidora empieza a funcionar y los ingredientes son buenos, tienes un texto. Puede iniciarse observando a un “parroquiano”, escuchando una frase al azar de una conversación ajena, con una canción que ponga el dueño del local “social”, o “asocial”, dependiendo de la ocupación del lugar, mirando fijamente a cualquier objeto de la decoración o, incluso, simplemente fijándote en el personal que pasa delante de Chuvis.

Por eso ahora Chuvis es mi lugar, porque allí se cruzan muchas almas y corazones dejando pasar el tiempo, o simplemente desconectando de trabajos, de situaciones, escapando en lo posible de la alienación moderna.

No necesito nada para que se me ocurran cosas para escribir mientras me bebo una cerveza, tomo la tapa y fumo un cigarrillo detrás de otro. Pero, al fin y al cabo, lo más importante es que cuando entro en Chuvis a nadie le importa un carajo si escribo, pinto, coloreo o puedo hacer la O con un canuto.

Seguro que alguno/a que haya llegado a leer hasta aquí pensó que le iba a contar una historia fabulosa sobre la creación, las musas, o alguna extraña teoría lite-

raria. Siento haberle desilusionado porque el único método que aprendí con los años para escribir se reduce a dos frases:

Escribe cuando no quieras leer, lee cuando no quieras escribir.

Escribe para no reventar y para "reinventarte".

That's all folks! Bugs Bunny dixit.

P.d.: ¿Y qué habría pasado si el adorable conejo hubiese sido un escritor maldito? Pero eso, queridos lectores, nunca lo sabremos, o quizás sí. Dadme tiempo y mucha pasta, e igual os lo cuento.



BARRA ADENTRO

Javier F. Granda

No nací en un bar, pero casi. Mi vida ha trascurrido en varios. Crecí entre humo y juegos de cartas. Vi poner copas de Fundador y Anís de La Asturiana, muchos vasos de vino corriente —denominado así por los clientes—, cubalibres de Bacardí o gintonics de MG o Larios. Conocí un buen número de borrachos y nos reímos de sus idas de bola, de sus ínfulas de grandeza etílica. Miré ensimismado a gente de todo pelaje, escruté cada detalle, fui observador, muy observador. Me encantaba comer bocadillos y tantas cosas deliciosas en aquel bar de mi infancia que también había sido merendero antes incluso de yo haber nacido. Cuántas cosas han pasado antes y después; acostumbro a maldecir todo lo que el tiempo se ha llevado. Mi bar era un lugar donde a medida que iba creciendo era más difícil esconderse para saquear la caja de las patatas fritas, los Phoskitos u otras delicias que por allí encontraba. También asalté la caja del dinero, me gustaban las monedas de veinte duros y mucho más las de cien.

Recuerdo el aroma del Winston americano que tanto me gustaba, tanto como detestaba el Ducados. Me gustaban las pelis de los sábados y llegué a odiar los partidos de fútbol, aunque entre paisanos eran animados y

me enganchaba por lo mucho que fumaban. Quería fumar, admiraba a los hombres con sus cigarrillos y sus ceniceros llenos de colillas al lado del cubalibre. Quería ser mayor para hacerlo. También quería chumar, aunque al alcohol me aficioné más tarde. Me escondí en el baño del bar para fumar mis primeros cigarrillos, como me escondí para ver las primeras revistas de chicas en tetas que llegaron a mis manos. También vi porno en el Plus codificado, y se veía... Asistí a innumerables partidas de chinchón, tute, subastao, brisca, cinquillo, cabrón, y tantos juegos que se me han olvidado. También al póker, parchís, dominó y a las damas; el ajedrez me resultaba aburrido. Recuerdo las tardes de Trivial; pocas veces me metían mano jugando a esto. Pero aquellas timbas de cartas en verano hasta altas horas, los cagamentos, los puñetazos sobre la mesa o los arrastres en el tapete verde de fieltro, las discusiones de los paisanos, las bromas y enfados entre ellos al terminar la partida, no se olvida. Hace mucho tiempo ya, pero sigue ahí en mi memoria, cada día más resquebrajada y dolorida.

Crecí en los bares, en el bar del instituto donde jugábamos a las cartas y fumábamos como camioneros cuando pirábamos clase. En Salas recuerdo un sitio donde tomaba un café delicioso, se llamaba Bar Ramón, y aún resuena en mi memoria el nombre de Pacita, la señora que lo regentaba. Cuidaba de un hombre mayor, creo que era el propio Ramón, que parecía una momia disecada sentado a la entrada, vestido con un traje que le sobraba por todas partes, con sus uñas largas y teñidas por la nicotina y su piel de un azul mortecino. Me gustaba ir allí para fumar Pall Mall, leer El Europeo después de pa-

sar por la biblioteca, sentirme adulto. Esto me lleva a fijar mis recuerdos en algún momento de la segunda mitad de los ochenta.

Me gustaba el bar de un amigo, el Riesgo, otro llamado el Resbaladizo que, tristemente, derribaron hace unos años. Al Resba solía ir los viernes a mamarme, porque, aunque intentaba buscarme una novia no era capaz de ligar; las que me caían allí eran mayores y no me interesaban, buscaban chicos jóvenes. ¡Eran unas pelmas! Yo quería una chica guapa, pero nunca encontré una para enamorarme de verdad y conocer el amor a la vez que la belleza. Mis novias en aquel momento eran feas, lo reconozco, nunca tuve suerte ni supe tener algo con una chica guapa.

Hay otros bares, pero estos vienen a mi memoria como colores: azúl para el Resba, verde para el Riesgo. El Ramón lo veo de color rojo, como el tapizado de las butacas y sillas de madera que rodeaban unas preciosas mesas de mármol blanco. Luego veo una gama de grises donde hay recuerdos muy fragmentados. En otros conocí a chicas que fueron amigas y con alguna nos metimos mano bajo la mesa. Fui tan feliz como desdichado en los bares. Las pillé de *teenager* en Grao, en el BO2 y me fumé en El Cuélebre muchas veces. Me quedaba seco de fumar. Conocí bares muy lejos. Aquellos en donde veía reproducirse las escenas de mi infancia, me tranquilizaban.

Hoy me gustan pocos bares, pero los que me gustan es porque, en algún sentido, me hacen sentir como en casa. Allí me puedo quedar durante horas, como en aquel Resba o en el Riesgo de mi juventud. Tardes enteras sin otra cosa que hacer que chumar hasta gastar

todo el dinero y hablar, escuchar música, ponerme nervioso si entraba la chica que me molaba, hablar, hablar, hablar...

Soy un niño de los setenta y los últimos veinte años han pasado muy rápido. He visto en este tiempo muchos bares que ni quiero hacer el esfuerzo por recordar; no hay bar que por bien no venga. Soy optimista en esto; siempre hay un bar por descubrir. Espero que sepan mantener la esencia de esos locales añejos, vividos, antiguos, bohemios, decadentes, que son los que en realidad más me interesan de entre todos los bares.

Por lo general no me acercaría a un bar recién estrenado, con todo nuevo o mobiliario de tendencia y ambientadores apestosos en las esquinas. Me gustan los cafés reconvertidos en bares como el Barbieri en Lavapiés, lo único que me interesa de ese barrio chungo lleno de carteristas y manguis. Un poco más arriba, por Antón Martín el Benteveo, con su aire retro, de bar de los ochenta, mantiene las mesas y sillas de aquellos bares de su época, y se agradece su luminosidad y frescura. De aquí a Malasaña, al Café de Ruiz, que conserva aire de café, aunque para mí es un bar. Aquí me he encontrado varias veces con un tipo muy curioso que siempre escribe. Lo he visto concentrado en sus papeles, con un sencillo bolígrafo y caligrafía espaciosa. Tiene aire de Quevedo con sus gafas, melena, patillas y bigote. Le he visto también en el Pepe Botella, en la Plaza del Dos de Mayo, otro de mis bares madrileños, aunque le denominen café. Muy cerquita El 2D, en la misma calle de San Andrés, esquina Velarde, uno de los sitios que me han hecho conectar con Madrid. Aquí no me pasaría tanto tiempo como en el

Pepe Botella donde me podría acomodar durante horas bajo uno de los ventiladores o en una de las dos mesas que dan a la calle para contemplar la vida bulliciosa de la plaza, pero también podría leer, dependiendo de la hora. No hay nada como una Mahou bien fría en esta casa un mediodía, tarde o noche de calor, tratando de estabilizar el cuerpo y dejando la mente desocupada para la observación y la abstracción. Muy cerca, El Penta, La Vía Láctea y otros bares de La Movida. "Bares, qué lugares…" cantaban los Gabinete Caligari mientras los Toreros Muertos disparaban desde otra barricada con sus "Bares, Bares" a un ritmo más acelerado: "Soy nuevo en esta ciudad, no sé dónde está el museo, pero si salgo a pasear ya sé lo que me voy a encontrar… Bares, bares…" y es que en Madrid está lleno. Es importante destacar La Realidad con su lema Gin Tonics & Micropoesía, donde cuelgan de la barra los Micropoemas AJO para atizar la sensibilidad entre la clientela. Bar y Cultura, fórmula indisoluble.

El Antiguo ovetense es un laberinto de bares para todos los gustos. Uno se hace selectivo con los años y se va quedando con los lugares que mejor se adaptan a las canas, pero cierto que en ellos tiene que haber algo que mantenga la llama. Los bares son por principio lugares de socialización y siempre de cultura, la que sea. Su etimología en origen responde a una sinécdoque, ya que el original inglés, bar, se refiere también a la barra o mostrador donde se sirve la bebida. Se toma la parte por el todo para referirse a la tasca, la cantina, la taberna o al garito de la priva. Podemos llamarle chigre también. En algunos se ofrece comida y admite diversidades, no se queda en una fórmula estática. El lugar evoluciona con el

tiempo, y de la venta de una bebida única como lo es la bodega o el lagar se va diversificando para llegar a una clientela mayor. No me refiero a aquellos que se especializan para convertirse en cervecerías, vinotecas o licorerías, coctelerías, etc., esos son antros de otro pelo. El bar en el que estoy pensando, más allá de establecer unas fronteras nítidas, es el que sirve de escenario para muchas situaciones con o sin café, con velitas o sin ellas en las mesas. Generalmente son las bebidas alcohólicas las que más se demandan en estos benditos lugares, pero hay de todo. Son, a veces, espacios para escenas teatrales, a veces familiares, cambiantes y mutables como todo cambia y se muda a nuestro alrededor constantemente. El bar tiende a unir o a separar. En él se hallan afinidades y se conquistan enemistades o antipatías. Todo es posible dependiendo de la hora y de la tasa de alcohol del personal.

Hay bares de apareamiento, muy aburridos, de los que no voy a hablar. Me interesan los bares donde ocurre algo, donde se respira algún tipo de libertad o creatividad. Algo difícil de encontrar en estos compartimentos tan estancos que vamos creando a nuestro alrededor. El bar traspasa las fronteras de la casa, de la rutina laboral, incluso del ocio cotidiano. Cuando se está en el bar, se está de bar. El tiempo se hace blando, las horas van cayendo y el peligro después de la cuarta cerveza, del tercer vino, o del segundo cacharro, se cierne sobre nosotros. Mejor que no sea un día entre semana, porque madrugar y fichar a las ocho de la mañana con la cabeza dolorida, perdida más allá de un medio doblete, teniendo que pasar las siguientes ocho horas entre chupatintas,

puede resultar desastroso. Este es uno de los peligros que acechan en un bar divertido cualquier día de diario. Seamos conscientes, pues.

Me niego a hacer genealogías ni arriesgarme en la intrahistoria ni en la arqueología de los bares del Antiguo, los hay que conocen mucho más que yo. Si hoy tuviera que buscar una localización para mi tiempo de bar, sería en la esquina de la Calle Oscura bajo la luz de la Plaza del Sol, el lugar de El Olivar, pero no descarto subir por Mon hasta el Diario Roma, o girar un poco antes para meterme en El Paraguas. Hay un local que me interesa: la Lata de Zinc, en Otero, ellos le han puesto lo de "chigre cultural" porque los chicos van de otra onda. Me gusta ese sitio porque es un espacio amplio y confortable, aunque con las cervezas artesanas bastante caras, pero lleno de magia. Creo que es debido al propio local con su aire descuidado y provisional. Por allí ha pasado lo mejor de la música que llega a Oviedo y no olvidaré conciertos tan increíbles como los de Acid Mothers Temple o Minami Deutsch, japoneses a los que les gusta el buen ruido y se esfuerzan.

Si centro el objetivo en El Olivar es debido a la admiración que siento por el local y en ello tiene mucho que ver Carlos Álvarez Cabrero. Allí se manifiesta lo que otros han denominado para sus propias tascas un "ecosistema cultural", pero en este caso sin ampulosidades y con aire genuino, aquí las tonterías se terminan enseguida. Lo de ecosistema es término que se emplea en contextos de emprendimiento y de innovación social, forma parte de un lenguaje técnico referido a muchas realidades sobre una lógica económica de cambio y transformación

social. En este otro bar, El Olivar, al que he ido poco a poco introduciendo en mis rutinas de prosumer cultural a la vez que bebedor de fondo, he gastado las horas desde hace algún tiempo y debo explicar el porqué. Reconozco en la persona del chigrero un perfil de autoridad que le permite navegar en las peores condiciones, en la oscuridad y con mar gruesa si fuera necesario. El bar es un escenario permeable y cambiante y Amadeo sabe pilotar con mano firme y rumbo inquebrantable. ¡Lo que no habrá visto el patrón! Aquí lo exigible a un bar está ampliamente cubierto, se puede consumir todo lo apetecible, pero hay un extra que es difícil de encontrar en muchos otros lugares: la personalidad del rey de la casa y la apuesta por la creación y una programación cultural sostenida. Esta apuesta no se basa en cualquier tramoya enlatada sino en la generación de nuevos artefactos y elementos para el consumo cultural de proximidad. Aquí la creatividad se promueve, se cuida y se muestra.

El bar de hoy no sólo ofrece bebidas espirituosas, sino experiencias que reconfortan tanto el cuerpo como el espíritu. En El Olivar hemos puesto en marcha con Amadeo, aunque él ya lo hacía de antes, varias iniciativas que parten de un interés por estimular la vida cultural del local, su repercusión en el barrio, y en la ciudad como extensión del campo de batalla. Entre cerveza y cerveza, la fauna más variopinta que transita la tarde y noche del Antiguo puede echar el ancla por el local y surgir cualquier tipo de propuesta. Las timbas del verano del 17 han sido realmente memorables y tantas horas empleadas han sido productivas gracias a todos los que se

empeñaron de alguna manera en seguir la dirección correcta.

El bar es el lugar donde bebemos para terminar cantando con los amigos o hablando de mil cosas solapadas o interpuestas. A puerta cerrada las horas caen hasta el amanecer. Si unos se van, entre todos nos vamos acercando para que no decaiga la noche. Necesitamos combatir el tiempo y hacer de cada momento memoria. No importa lo cargado que te encuentres esa noche, si aún puedes hablar, tu conversación entrará en la rueda y alguien en la barra podrá seguirte un rato. Si puedes ser ameno, serás aceptado. Pero no quieras dar lecciones, porque aquí alguien, sin darte cuenta, te hará poner los pies en el suelo. No es necesario que nadie te reproche o suspenda, lo harás tú mismo. Este bar es un nivelador natural del saber estar. No quiere decir que no haya buen humor y risas, pero hay que saber, en buena medida, cuál es la dirección que marca el compás. No todo vale. Cada sitio tiene su propio carácter y siempre hay normas en el juego.

Muchas veces me he ido a casa sintiéndome una cáscara vacía, que diría Bukowski, pero el poso que deja la noche casi siempre es positivo porque queda la sensación de haber comprendido algo, quizás con un desconocido, alguien de quién no podrías haberlo sospechado. Si no interesa, se puede ser transigente, comprensivo y mostrar empatía con el interlocutor. Esto bien entendido puede regalar sorpresas que sirven para pensar que no se han malgastado las horas con una cerveza en la mano. A veces he bebido vino, he fumado alguna cosa que me ha caído por sorpresa y me he dislocado un poco. Segura-

mente nadie se dio cuenta, o sí, pero al día siguiente casi nadie se acordaría de quien estaba al lado en el taburete la noche anterior. Es el "Universo del Olivar", que cantaba con ritmo reggae Antonio Sastre. La capacidad de la improvisación que demostraron Antonio y Manu Calderón con sus cuatros venezolanos en tantas noches compartidas, nos hizo pasar momentos inolvidables a algunos empedernidos noctámbulos que buscamos allí refugio.

Espero que estas noches se sucedan y que la fiesta continúe en nuestro bar, allí donde nos sentimos bien, donde gastaríamos las horas y los ahorros sin importarnos el final, hasta que la decrepitud se imponga, o la parca llame a la puerta.

PUMARIN

VAR-HAD@S

Virginia Gil Torrijos

> *"A cambio de dinero, suministraba a los marineros el delirio y la muerte. Los vasos en que vierte sus venenos son abominables"*. (*Moby Dick*. Herman Melville)

Tal vez sea políticamente incorrecto y pretencioso hablar en plural. Y tal vez además de eso, de incorrecto y pretencioso, sea también anacrónico hacerlo hoy utilizando el "os", en vez del "as". Pero mira chati, y perdón por la confianza querid@ lector@, soy de una generación que aún vive marcada por el que fue un tránsito social. Así que con la venia de vuesa merced me dispondré a contaros (utilizando con frecuencia el plural masculino) algunas andanzas que tuve por ventas, chigres y tabernas. Lugares donde se despachaban brebajes alcohólicos y otras pócimas licoreras, pero sobre todo lugares, que me ayudaron, nos ayudaron, a socializarme con otros parroquianos. Este escrito no tiene fin en sí mismo, ni para disuadir, ni para persuadir a visitar este tipo de antros. Antros que a veces carga y otras descarga el demonio. Antros en los que aprendimos y en los que también desaprendimos, antros en los que vivimos y sucumbimos. Antros en los que permanecimos largos periodos varados.

Como decía fuimos (no sé si aún somos) una generación de tránsito. Una generación que quiso avanzar hacia un futuro publicitado de grandes esperanzas, pero que portábamos como lastre aún demasiadas cadenas. Quisimos salir al océano y nadar hacía bahías azules, luminosas, transparentes y cálidas. Pero la vida disparaba. Lanzaba sus arpones a quemarropa, que rozaban nuestra piel y nuestra carne. Y con cada disparo, con cada tiro, nos sentíamos cada vez más vulnerables, más aturdidos y más perdidos en una marea centrífuga de vaivenes, oleajes y tempestades. Y los bares, más que por su carácter prescriptor de néctares, se hicieron imprescindibles por el calor humano que desprendían y por su labor de punto de encuentro. Los bares se convirtieron en lugares a los que llegábamos casi de una forma sonámbula, como dejándonos portar por una especie de flauta de Hamelín. Aparecíamos en ellos revelando de verdad de lo que sentíamos bajo las vísceras, que no era otra cosa que la escasez de agua. Zozobrábamos y embarrancábamos. Embarrancábamos en aquella arena grumosa. Y allí varados, allí sin esperanzas, nos bebíamos la humana desazón. Desazón camuflada a veces de risas, de alegrías, de sensualidad o de frivolidad. Pero a veces, desazón tan desnuda, tan abrupta, tan exenta de pudor, que vomitaba en público tristezas y desamparos.

Pero esos bares, tenían (aún tienen) un cierto componente mágico. Esos bares enfatizaban las pasiones e inseminaban historias, poemas y hasta cánticos. Esos bares eran agentes catalizadores para los destinos de la vida y sus disturbios. Esos bares, con sus componentes circunstanciales, nos llevaban a emprender viajes espiri-

tuales, meditativos y reveladores y eran también jardines donde germinaban sensaciones exacerbadas y contradictorias. Sensaciones que iban del dramatismo al Nirvana. Esos bares como lugares donde se delataban todas las miserias humanas, donde las confidencias se disparaban y los secretismos se amalgamaban de amistad, de veneno, de delirio o de muerte. Aunque sentirse var-had@ no era del todo malo, sentirse var-had@ a veces era, es, extraordinario.

En los bares "Iniciación", comencé con mi adolescencia tonta, errática, insegura y perdida. Eran lugares a los que siempre llegabas utilizando "la línea" Noreña-Pola de Siero. Sitios extraños, humeantes, con luces tenues, algo aterrantes para la niñata que fui y a los que nunca me hubiese planteado acudir sola, sino siempre acompañada con otras adolescentes neófitas a las que, por asimilación mayoritaria de la estética de los fulares chillones y las peluquerías de chamusquina, nos llamaban la "Banda del *Rizu*". Bebíamos; pero tampoco mucho, no en exceso. Solíamos compartir mistelas, "prubinas", muchos zumos de melocotón, coca-colas y algunas, muy pocas, ginebras con limón.

La mayor parte del tiempo aquellas tardes me eran hostiles. A diferencia de otras compañeras, que incluso parecían disfrutar, los domingos en aquellos garitos eran una especie de suplicio aburrido donde te pasabas las horas escuchando quién le gustaba a quién, quién le dijo qué a quién, qué ropa combinar con qué, y otros temas más pragmáticos para los años que se nos avecinaban y que directa o indirectamente tenían que ver con la metamorfosis de nuestros cuerpos, la psicología cambian-

te y sus múltiples interacciones. Pero a pesar de los temas recurrentes, también había mucha pedagogía en aquella puesta en común sobre rumores y ajenas experiencias sexuales, algunas cómicas, otras dramáticas. Hacíamos *networking* y elucubrábamos sobre aquel agujero negro al que irremediablemente nos aproximábamos. Temas misteriosos, ineludibles y ciertamente preocupantes para la vida futura, y que, en algunos casos, en la mayoría de ellos, nuestras madres habían olvidado explicarnos. Muchas de las conversaciones eran siniestras, agónicas, al imaginarnos en situación, pero todas considerábamos que reveladoras por la apertura al conocimiento que subyacía. Con el contraste de fuentes y algunas lecturas, aquella nebulosa parecía comenzar a verse más nítida en mi mente, al menos en teoría. (El camino a la práctica individual iba a ser muy distinto, muchísimo más largo y sinuoso).

Fue en aquellos bares polesos en los que abandonamos la niñez y en los comenzamos a practicar una brujería incipiente de entes, aún no mujeres, amortajadas de rubores, espinillas, vellos incontrolables y pechos emergentes. Pechos, que intentábamos esconder de algún modo entre los bucles del pelo y los enormes jerséis con hombreras, tejidos por las abuelas.

Fingí por entonces más que nunca ante mis padres el aparentar ser decidida y rebelde, dándoles a entender que me divertía (era bien falso) en aquellas veladas. Pero fingir era necesario si con ello me dejaban acudir a aquellos ritos iniciáticos de fin de semana, ritos que me permitirían alcanzar, si persistía en la socialización, un añorado encuentro con un hipotético, pero posible y

futurible, Amor Romántico. Amor, que debería aparecer de forma irremediable según todos los pronósticos de los horóscopos del Super-Pop. Amor, que quedaría (te lo juro por Los Pecos) prendado de mi persona. Pero eso nunca ocurrió. Nunca ocurre, de hecho. Tardé mucho tiempo en darme cuenta del gran cuento chino en versión rosa-fucsia en el que la sociedad nos educa a todas las mujeres; mitos paternalistas con los que salpimentan nuestras mentes para fabricar mujercitas sumisas y entregadas a la idea de la Salvación, de la gran Salvación por el Amor.

Aquellos bares Iniciación tenían nombres como el "JB", el "Gamusinos", la "Taberna de Máximo" o "La Petaca" y otros que no llego a recordar y que sobrevuelan en una especie de limbo brumoso y alcalino.

Cuando cambié de tercio y comencé a frecuentar los bares "Casi-Casi poderosa Afrodita" me fui a Oviedo. Ya tenía dieciocho o diecinueve. Eran los tiempos del Lulú de Cacharel y del "Chaquetón" de Gonzalez Besada. Eran los tiempos de los channeles falsos, de las americanas en colores luminosos con pasamanerías. Eran los tiempos de las minifaldas negras, de los jerséis apretados sobre sujetadores de chica buena, pero que ya nunca-jamás sobre sostencillos ortopédicos. Eran los tiempos de abandonar la pubertad y empezar a encajar en un cuerpo de mujer, de bailar sobre los escalones y de enseñar como quien no quiere la cosa, un poco más las piernas, pero no demasiado, no todavía.

En primavera y verano la cosa mutaba con la estación. Porque la primavera y el verano eran tiempo para la libertad, para poder coger el coche, e incluso hacer de

chófer. Pero tiempo para ver la luna en lo más alto, de sentir la brisa del mar y una carretera azul vestida de nocturnidad. Fueron días puntuales en Salinas, días en "La Luna" o en "La Gáspara". Días de peregrinaje en la noche y de sueños en las almohadas. Pero también fueron días para presentir las cacerías y la peligrosidad acechante y cruel de ciertos machos Alfa.

Después vieron los bares "Enamoramiento" donde creí, esta vez sí, estar ungida por el Amor. Creí volar, sonreír, flotar, elevarme sobre el suelo, quemarme entre las brasas. Bares cuyos nombres no recuerdo, porque no fueron tantos. Fueron escasos. Aquel otoño practicamos más la pizza en el coche. Y yo allí, como actriz, pero también como observadora multisensorial, me mecía entre las corredurías de los huesos de aceitunas en las cajas de cartón, ya vacías, que posábamos sobre la tapicería.

Siguiendo la inexorable línea cronológica. llegaron quizá demasiado pronto los bares "Desamor". Eran todos lugares húmedos, muy húmedos, por Gijón frente al muelle o por el Oviedo Antiguo. Garitos de nombres rutilantes donde se pinchaban canciones de Cabaret Pop. Pisé los charcos, Y mis pies danzaron al unísono de los crujidos de mi alma inflamada. Mientras, los saltimbanquis cruzaban indiferentes con un mero ale-hop sobre los mismos abismos en el que yo me hundía. Supongo en los bares de entonces perseguí algún fantasma al que veía siempre rodeado de todo tipo de pelirrojas con las que entraba y salía de los excusados para compartir supongo, digo yo, sustancias blanquecinas.

No sé qué vino después, creo que los bares "Del retorno de la ya, ahora sí que sí, poderosa Afrodita". Comencé a acudir otra vez a los lugares de origen, a juntarme con amigas de objetivos masculinos comunes. Comencé de nuevo a ir a La Pola, a frecuentar el "Pumarín", a jugar "a la peseta" y sorber lo que Gumer nos servía. Comencé a disfrutar de las carreras terminadas y del tiempo tan fácilmente sobornable de l@s parad@s. Y sí, por primera vez, me sentí una diosa de labios rojos, pero por desgracia, con conciencia. Por desgracia, con implacable sentido de la responsabilidad y la moral. Si no fuera por una educación católica basada en la vergüenza, tal vez hubiera disfrutado más de la vida. Tal vez me hubiera dejado mecer tranquila en la alegría por la alegría y en el sexo por el sexo. Y hablando sobre el tema que nos ocupa, el tema de los bares, en esos años también los viví desde el otro lado de las barras. En algunas ocasiones, barras llenas de glamour, haciendo de camarera rubia-tonta-con canalillo; y en otras, barras más serviles, más quejumbrosas, sirviendo hamburguesas y patatas. Mejor pagadas esas últimas, eso sí, pero también mucho más cenicientas y *outsiders*. Mas aquello no era futuro, ni tampoco los contratos de "Obra y Servicio" en entidades bancarias; y las oposiciones a secundaria atraían tan poco.... Supongo que fue en un bar donde decidí no sé, huir, emigrar, buscar esa gran bahía azul en el centro de un archipiélago de coral.

No visité demasiados bares *in The States*, aunque recuerdo una taberna en Navidad donde me sirvieron sopa caliente, como una más de tantos sintecho. Eran bares "Soledad".

En Barcelona caté también los bares "Clase Bien y Clase Mal". Los de la zona alta y los de la zona baja de Nou Barris. Los bares de pijos catalanes y los bares de charnegos (De Teruel, ¿y qué?). Mis preferidos estaban en Gracia o en El Borne, en tierra de nadie y de todos. Eran bares "¡Qué suerte tener amigos o algo asimilado a una amistad!, qué suerte tener a alguien para compartir momentos y tomar una caña. Sí, qué suerte que haya una sonrisa cómplice".

Hubo más bares, los hay todavía. Bares de paso, de nostalgia. Bares "Sin nombre", de horas ciegas. Bares de "Poesía Descarriada".

La vida hace sus milagros y sus contrastes, y son otros los que ahora se inician en esos viajes hacia puertos reencontrados. Es otra generación la que navegará por esos submundos. Otros los que se encontrarán allí, entre brebajes, a más marineros de la vida, compañeros con los que visitarán Playas Paraíso y también islas contaminadas con porquerías de polímeros.

Confieso que, en mi caso, no aprecié la gran suerte de estar v*ar-had@* hasta que no salí al océano abierto e inmenso y nadé durante muchas leguas, muchas millas, a solas. Confieso también que es ahora cuando, al recalar en alguno de esos antros, sintiese como si me inyectarán una milagrosa sabia bruta. Es ahora, ya cuando esos bares han sido desposeídos de las pesadas cargas de la juventud o del erotismo, y tienen nombres como "Complicidad Espiritual", cuando jamás me han parecido tan extraordinarios como lo son ahora. Nunca tan llenos de vida, tan densos de leyendas, de ángeles caídos y de susurros de ballenas. Nunca tan portentosamente reple-

tos de poemas líquidos y de músicas fraternas. Humean ahí, entre sus paredes, los contrastes de la belleza y la miseria, mientras, en los quicios de sus puertas, los portentos y los milagros pescan retazos de una nueva luna, ya sin reservas.



"HOTHOUSE"

Manolo D. Abad

> "Te quedas tan quieto/ Escondido en la esquina/ Esperando una señal / Para venir, vengo/ Ah, ah, ah/ Se te ve el plumero, sí/ Sois todos iguales/ Pero, ¿a quién debo culpar/ cuando me enamoro?/ Al principio, me intrigas/ Pero la forma en que te mueves/ me aterra y tú/ me traes recuerdos/ de las cosas que no necesito/ Eres una flor de invernadero/ Eres algo que no puedo afrontar/ Porque no te puedes controlar/ No te puedes controlar/ Doy un paso entonces/ Doy un paso atrás/ Un poco curiosa ya/ Al principio tienes éxito/ Pero la forma en que te mueves/ me aterra y tú/ Me recuerdas las cosas que no necesito".
> ("Hothouse"- The Sound)

Nunca escribí ni en bares ni en pubs, aunque mucho de lo que viví en ellos se quedó marcado en algunos lugares de la memoria y del corazón, que nutrieron una parte de mi personalidad. Pero escribir, con boli y libreta u ordenador, no. Probablemente por la esencia tan íntima que me supone el acto de la escritura. Sobre todo, cuando estoy inmerso en la ficción o en esos momentos en que tengo que extraer de mí lo que llevo dentro. Las luces, las sombras. En los bares, como cantaban mis adorados The Sound, siempre he tratado de buscarme, o de perderme, en todas sus variables. Allí descubrí y encontré amores, músicas, amigos, personajes, un universo que es el que compone una parte de mi vida que me sostiene, que me motiva para seguir hacia delante.

Escribir supuso siempre un desnudo como en esas portadas de "Interviú", un despojarse de todo aquello que nos cubre. Otros lo toman como una forma de pavonearse, representan un teatro sobre las bambalinas donde son los protagonistas. Otros buscamos en lo más profundo de nuestro interior, en ese lugar al que jamás queremos llegar, el que escondemos tras nuestra sonrisa, tras nuestra copa, tras nuestra versada y culta conversación. Son todas nuestras máscaras que nos protegen de nuestros propios demonios, de nuestros miedos, de nuestros muchos miedos que, a veces, incluso, nos impiden teclear unas miserables letras que nos permitan sentirnos mejor frente a todos y cada uno de nuestros múltiples dolores. Librarse del miedo, de todos los miedos. Sentirse libre con tu copa delante. Olvidarte del mundo y sus juicios, de la sociedad, de todo y de todos. Ser completamente libre frente al líquido salvador.

Permanecemos en la barra, tratando de no caer en el mismo vacío que nos acompaña en cada día. Y, por eso, necesitamos sentirnos en casa. En nuestra intimidad. Nada de templos. No, no, no y no. ¿Templos? No, por favor. Los templos podrían ser museos o algunos lugares de culto para quienes necesiten lugares de culto. Los bares, nuestros bares, son nuestra segunda casa, un hogar especial donde nos sentimos a salvo. Donde nada ni nadie puede juzgarnos. Un refugio frente al dolor, frente a la agresión de un mundo cada vez más hostil. ¿Templos? Déjense de bobadas, de mixtificaciones. Porque aquí, en cada bar, vive la vida real. Y queremos que sea así hasta que las nuevas generaciones consigan –con su botellón, con su falta de humanidad, con su estúpido

egoísmo– terminar con nuestros hogares, nuestros refugios.

Conocí el amor tras la dulce mirada de la mujer que me arrastró en dos etapas, separadas por veintitantos años, a una montaña rusa de sentimientos de la que he sobrevivido. Encontré algunas parecidas a ella, se aparecieron para mi propio bien, pero yo ya estaba atrapado en sus rizos, en su voz, en ella. Fueron un bálsamo y me gustaría darles las gracias una a una. Mi corazón siguió haciéndose pedazos, pero es muy probable que la culpa fuera mía. Pedí otro vino y seguí mirando hacia algún lugar, quizás unos ojos que me buscasen, quizás perdido en una música que me elevase más allá de todos mis temores.

Y los conciertos. ¡Ay, los conciertos!

Encontrarse ahí, en medio de la multitud, mientras mentalmente las letras te llevaban, los decibelios a tope conseguían un efecto psicodélico al que sumabas las dos o tres cervezas… Volabas sobre los miedos. Perdías todos y cada uno de los temores que te aterrorizaban en los momentos más inesperados. El miedo a una existencia hasta el fin de la noche. El miedo a vivir hasta las últimas consecuencias. El miedo a seguir sin ningún tipo de red, como un suicida. El miedo a ver cómo la juventud se acaba. El miedo a comprobar cómo las oportunidades llegan a acabarse hasta para aquellos que conservan el comodín de la suerte. El miedo a la muerte, a una muerte provocada. El miedo al miedo, al desamor y al rechazo.

Por eso, cada noche de concierto era una celebración. Un escape. Una prueba de vida. Llegar el jueves al Channel, pagar la entrada, tomar una cerveza, ver al

grupo, quizás cruzar una mirada con una mujer añorada en tantas noches…

Al final, llegó La Antigua Estación. Mi casa. Hoy, La Salvaje. También mi casa. Y la sensación sigue siendo la misma. Un hogar. Mi sitio al que pertenezco. La gente que quiero tener a mi lado. La que me pregunta y me escucha, la que no me juzga. Ahí estoy, sólo puedo dar gracias por haber conseguido pertenecer. Otros sólo conseguirán bebida a precio barato en un lugar inhóspito, en un botellón dantesco e inhumano. Yo siempre podré pedir un vino –mi hígado ya no permite los lujos de antaño– aunque no haya una mísera moneda en mi pantalón. Porque son mi familia, aquí en La Salvaje, los quiero y creo que me quieren, refugio y hogar.



PUES SÍ QUE LAS RUBIAS PEGAN MÁS FUERTE QUE EL WHISKY

Tamara Camino

Desconocía el significado de arrebol hasta que crucé por primera vez el marco de la puerta del Sol y Sombra y su rosada luz iluminó mi otoño.

Me senté en la barra como una de tantas veces en las que el camarero me acercaba una rubia de esas que pegan más fuerte que el whisky, de esas que te brindan 33 centilitros de inspiración. Saqué mi arrugada libreta del bolsillo y un bolígrafo Bic negro, deformación profesional de poeta, delinear versos tres veces al día es hoy en día mi auto receta. Mi mano comenzó a deslizar tinta sobre el papel recordando aquel día en el que, en este mismo bar, la convertí en poesía: ella era un verso libre, yo solo una bala hecha a la medida de su calibre.

No era un viernes cualquiera, lo presentía. Lo advertían mis ojos al elevar aún medio dormida la persiana y contemplar la luz del sol en pleno noviembre en un mundo dominado por un corrupto cambio climático. Estiré mis brazos deseando alargar mi metro sesenta y tres de estatura y dirigí mis pasos hacia la cocina. Una taza esperaba ansiosamente recibir el café que se desprendía, gota a gota, de una vieja cafetera negra. El periódico del jueves aún yacía sobre la mesa angustiado por las noticias

de guerras consecuencia de una deshumanización que no nos daba tregua. Yo necesitaba un chute de energía para poder terminar mi primer libro de poesía y, en el fondo, sabía que esa noche volvería al Sol y Sombra.

El Sol y Sombra se había convertido tiempo atrás en el lugar favorito de mis dedos para bailar sobre el papel y esa noche, la luna llena, los invitaba amablemente a un nuevo baile. Crucé el marco de la puerta del bar no sin antes echar la vista atrás y volver a dejarme acariciar por la luna. Dibujé una sonrisa en mi cara como si tanto ella como mis labios estuvieran conectados de alguna manera.

Me senté en un pequeño *puf* negro y coloqué mi cerveza y mi libreta sobre la mesa. Sabía esa noche de mi necesidad por encontrar la forma de cerrar mi libro, necesitaba un título y siempre que mis pies pisaban ese bar las ideas germinaban en mi cabeza. Miré hacia arriba contemplando a mi amiga la barbie enjaulada, yo ya me hallaba casi abrazada a una televisión vieja que ni emite ni se apaga y empecé, como otras tantas veces a divagar sin razón alguna: que si las rubias pegan más fuerte que el whisky, que si el Jagger o los Rolling no serían lo mismo sin Mick. Cosas de poetas me temo, como olvidar mi preciado Bic negro en la mesa de la cocina junto a una sopa de letras que se enfrió al no haber sido, mi terrible pereza, capaz de terminar de completarla.

Bajé la mirada hacia la libreta autoconvenciéndome de que esta vez, no sería el día quizá no hay que ponerle tantos plazos a eso de la poesía. Al levantar la vista, alcancé a verla. Sí, a ella. Una rubia de metro setenta vestida con su chaqueta de cuero negra. Su luminis-

cencia llamaba la atención de todo el local y, tremendo fue el vendaval de miradas clavadas en lo más profundo del azul aguamarina de sus ojos en los que podría bañarme una y otra vez.

Cerré mi libreta, abrí la puerta a la noche y me senté, Mahou en mano, al lado de su taburete. Mis nervios hacían acto de presencia al no saber si sería capaz de mediar palabra. Acariciaba con mi mano derecha una a una las ciento ocho cuentas que componen mi *japa mala* repitiendo mi mantra: "este es tu momento, este es tu momento…".

Cruzamos miradas durante un escaso segundo y sonreí. Después sus ojos se perdieron en el fondo de su whisky buscando, tal vez, algún tipo de respuesta mientras su mano acariciaba tiernamente su pelo. Tras repetir mi mantra cuenta a cuenta, bebí un último trago para poder aclarar tanto mis ideas como mi voz. Mis labios, tan altruistas como siempre, se despegaron para hablar y tratar de sacarla de su ensimismamiento.

—Pues sí que las rubias pegan más fuerte que el whisky —recité suavemente a su oído.

—Ponme otra copa más, con hielo por favor —pidió al camarero sin inmutarse. ¿O sí?

—Prueba y luego me dices —sonrió acercándome la copa de whisky que acababa de pedir.

—Tu nombre era… —dije tratando de ganar tiempo para descifrar la contraseña de su mirada sin éxito alguno. Su sonrisa era aún más bonita que el cielo que se dibujaba en sus ojos.

—No tienes remedio, ¿verdad? —preguntó entre risas—hablemos sin reglas, sin nombres, sin mañanas.

—¿Y qué hacemos entonces con el hoy?

—El hoy es para los valientes —susurró a mi oído.

Brindamos con Jack Daniel's y nos quedamos a contemplar el concierto de cierto cantautor pegado a su guitarra, entregado al público que nos rodeaba y a sus canciones.

Perdida en la música no era capaz de llegar a entender por qué ella era tan diferente: lograba hacerte capaz de hablarle con miradas, de reírle con los ojos o bailarle con sonrisas y yo que no creo en musas ni deidades ni esto era el Parnaso ni el Helicón no entendía por qué con tan poco lograba darle un vuelco a mi corazón.

Saqué la libreta queriendo escribir todos los versos que se me pasaban por la cabeza desde que ella había llegado, pero recordé que la tinta no estaba esta vez a mano, ¡maldita sopa de letras!, esta noche no hubiera sido capaz de aprobar ni tan siquiera el test de primero de poeta. Sacó un bolígrafo de su bolsillo y me miró.

—Véndeme este bolígrafo.

—Eso es de El lobo de Wall Street — respondí —para vender algo hay que crear necesidad.

—Lo tuyo es innato —afirmó —necesitas la poesía como el aire para respirar, ¿me equivoco?

—¿Y si tú eres aire?

—Yo solo soy una ciclogénesis explosiva — sonrió —soy solo temporal, pero dejaré huella porque araño.

—Yo no creo en musas, solo creo en personas, en momentos, en lugares, pero si creyera en ello tú serías la musa que araña.

—Podrías llamarme así, pero recuerda la regla no te puedes encariñar de mí —dijo riéndose—recuerda que para mí no existen mañanas que la única ley que rige mi vida es el *carpe diem*.

—Tiene toda su lógica —afirmé ilógicamente sin dar crédito a las palabras que desprendía de sus labios —pero la regla era que no hay reglas—respondí con un cierto tonteo.

Abandoné mis sentidos a la suerte después de un par de copas. Bailaba y se acercaba sutilmente a mi boca, como queriendo que la resaca de sus besos al rozar mis labios fuera, de algún modo, inmarcesible. Inmarcesible porque mis versos dejarían constancia de aquella noche, aquel lugar y aquellas canciones cuyas partituras se auto encerraron para siempre en el lugar más recóndito de cada latido de mi corazón. Sus labios eran dos locos jugando al escondite con los míos, cuatro locos que siempre se volvían a hallar. Quizás era yo también la que quería que se volvieran a visitar bajo el influjo de la sinergia de ese bar. Quizá quería apearme del mundo, que no fuera un sueño y vivir por siempre en el ahora de mis manos envolviendo con ternura su cintura. Quizás el hoy sería lo más cercano al siempre.

Nos sentamos frente a esa vieja televisión que no emitía, bajo esa barbie que enjaulada aún a día de hoy ni habla ni pía. Me besaba, le escribía un poema, lo leía. Me guio con su mano y atravesamos la puerta del baño y el cuerpo a cuerpo que vino después se quedará solo para mí para siempre como su recuerdo con el paso de los años.

Nos despedimos sin decir adiós, como si un hasta hoy fuera suficiente para volver a encontrarnos mañana. No hubo intercambio de números ni de redes sociales: solo intercambiamos besos como si fueran cromos, sintiendo a mi Peter Pan más cerca y vivo que nunca, más cerca que ese Nunca Jamás que dibujaron nuestras bocas al hallarse sin que, en ese momento supiéramos, que sería por última vez.

Al día siguiente busqué mi libreta y no la encontré. No estaba en la cocina bajo el periódico manchada de café. Nos estaba en el bolsillo de mi abrigo, ni en el suelo del salón o alojada bajo mi edredón. Me senté en la cocina cansada de buscar y abrazándose mis dedos de nuevo al Bic negro. Ella había borrado como buena ciclogénesis todas las huellas de su breve, pero intensa estancia en mi vida, pero, aun así, sabía que la semilla de sus versos sería, cuando menos, mi paracaídas.

Después de una mañana de trabajo volví al Sol y Sombra para terminar de escribir mi poemario. Esa tarde ocupé una de las sillas de su terraza y cerré suavemente los ojos dejando que el sol acariciara mi cara. Inspirada, sonriente, reviviendo la noche anterior, recordando que hay personas que pasan por tu vida con una misión retomé la escritura. Por fin había encontrado bajo el cielo rosa y la atmósfera envolvente de ese bar un título para mis versos: *La musa que araña*.

Alcé al aire mi cerveza, al concluir al fin mi libro.

—Ella era la musa que araña, yo solo la que le tiraba la caña.


ex Pis

BODEGA DEL NIÑO

José Yebra

Empecemos pues: ni una sola concesión a la elegancia tal y como se entiende la misma desde las siempre constreñidas convenciones sociales. Los vasos de vino a 50 céntimos y, si se tercia (que casi siempre es así), algo de salchichón, chorizo con pan o unas patatas fritas de bolsa de las de toda la vida conocida como sólido acompañamiento al cosechero blanco o clarete. La Bodega del Niño (el cual ya no puede ser considerado como tal desde hace ya unas décadas, la verdad por delante) es Patrimonio del Bierzo, como bien indica una placa en la fachada que da a la Calle de las Angustias. Una bandera blanca nos cuenta que dentro se vende vino cosechero propio (tradición ésta ya casi extinta, ya que antaño esa pequeña bandera era indicativo de ese hecho, y ya casi nadie hace en Cacabelos su propio vino). El Camino de Santiago pasa por esta bodega, y si Hugh Everett (me lo puedo imaginar de peregrino con su hijo E cantando a su paso las futuras canciones de los Eels) hubiese tomado unos vinos aquí con los paisanos de mi pueblo, su teoría sobre los universos paralelos habría sido completamente diferente, o quizá ni siquiera habría sido ni planteada siquiera ya que, tras varios vasos y horas que podrían parecer minutos arreglando el pueblo, la región, el país y hasta el mismí-

simo universo, seguro que habría enviado todo ese planteamiento tan original que parte de la mecánica cuántica a tomar viento fresco; y se habría emborrachado con enérgica alegría casi sin querer entonando con los ya amigos para siempre canciones típicas del Bierzo. Se habría abrazado al vaseo como única y exclusiva religión para tratar de explicar todo lo increíble desde una física cuántica más cercana al pueblo llano, "cagondioses" mediante. En fin, que para eso están (y estuvieron siempre) las bodegas, para que la gente se junte, beba y discuta de lo humano y lo divino ante la atenta mirada y silenciosa mediación del bodeguero de turno.

La Bodega del Niño abrió sus puertas en el año 1900, saludando con vino recién fermentado al nuevo siglo. Se puede acceder a su interior desde la carretera principal de Cacabelos, la antigua Nacional VI y avenida de José Antonio (sí, ese mismo), ahora conocida como de la Constitución, atravesando unos metros de jardín bajo una estructura de vides emparradas que le dan un carácter vitivinícola total; o bien desde la Calle de las Angustias, hoy en día peatonal y camino de tránsito para toda esa gran manada de gente que cada año decide ir caminando en ameno peregrinaje hasta Santiago de Compostela. Aquí tenemos un hecho que conlleva miles de anécdotas que añaden aún más carácter, si cabe, a esta legendaria y mítica bodega: caminantes, hay (vino en el) camino.

Hace tres veranos, por comenzar por alguna, nos encontrábamos Nuria, su madre, los niños y yo al fresco de la bodega cuando entran tres señoras japonesas bien ataviadas con sus correspondientes equipaciones de pe-

regrinas niponas: bastones para caminar, fulares que cubren toda su piel, pamelas de diámetro exagerado, puros refugios anti-sol, buenas botas, etc., sólo les faltaba la mascarilla, que la gente de Japón es muy dada a ir por ahí con sus mascarillas por si resulta que el aire es traidor y nos introduce bichitos raros en nuestros frágiles cuerpecitos de humanos (como si eso no sucediese constantemente, vamos). Tras inspeccionar con curiosidad todo el interior, piden unos vinos y nos ven. Nos sonríen y se acercan. Se han enamorado de las gafas de mi suegra, ya que no dejan de señalar alegres hacia las mismas repitiendo una y otra vez "nice glasses, nice glasses". Con mucha educación, nos preguntan acto seguido si nos importa hacernos unas fotos con ellas, que si queremos les demos nuestro correo, que nos las enviarán cuando ya estén de regreso en su país de origen. Tres meses más tarde, ahí estaban las fotos adjuntas a un mensaje de agradecimiento enviado al correo de Gmail de Nuria.

¿Y qué sucede con la gente que no prueba bebida alcohólica alguna? Pues en Cacabelos es muy sencillo: se pide un dorito. ¿Que qué es un dorito? No, no tiene nada que ver con esos aperitivos a base de harina de maíz, aceite de palma y noséсuántos. Es de esos, que sirven para acompañar al guacamole, por ejemplo. Un dorito es, simplemente, un vaso pequeño con Coca Cola (o cualquier otra marca, blanca si puede ser, política propia de la bodega) en vez de con vino. Esto necesita una explicación, y esa explicación que necesita es la siguiente que paso a narrar: en Cacabelos es tradición secular hacer la ronda de vinos (se aceptan cortos de cerveza también), es decir, recorrer en grupos de amigos todos los bares, bo-

degas, etc. que hay en el pueblo. Heliodoro Ordás, Dorito, fundador de BEDA, asociación de alcohólicos anónimos, tras dejar de beber, no quería abandonar esas rondas con sus amigos llenas de risas e impagables conversaciones, y decidió comenzar a pedir vasos de Coca Cola, de ColaYork (la bebida de cola de Cacabelos, la que, decían, más se parecía a la original, que a día de hoy no se fabrica aunque la Cooperativa Vinos del Bierzo, S. A. de Cacabelos posee la fórmula original de Antonio Guerra, el creador de nuestra propia bebida de cola. ¡Que se jodan esos americanos!); una vez que se unió más gente a él, ya comenzaron al tiempo a pedir directamente un dorito. A día de hoy, ahí siguen los doritos como bebida alternativa en las rondas cacabelenses.

Y resulta que a veces ocurre lo inevitable, como le pasó hace cuatro veranos a mi amigo Iñaki, que entra y, en vez de pedir un vino o un dorito, va y pregunta que qué vinos tienen. El Niño, como si fuese el protagonista de una de aquellas películas del oeste que veíamos los sábados de pequeños en Sesión de Tarde, continúa sirviendo los vasos que le han pedido con anterioridad sin levantar la vista de la botella y el chorro, levanta parsimonioso la vista, mira a Iñaki como si éste fuese un marciano que acaba de aterrizar en nuestro planeta y le contesta: "vino, el que hay, clarete o blanco". Por supuesto, asumo parte de culpa, que debería haber avisado a mi amigo de ese hecho, de que allí se pide vino sin asignar ningún tipo de etiqueta al mismo. El que hay. El de la cosecha de ese año. Y punto.

Todavía siguen en el sótano de la casa de mi madre dos garrafones de una cántara (mi padre los llamaba

cántaros), lo que vendrían a ser poco más de 16 litros. Cada vez que los veo allí, acumulando polvo, telas de araña y olvido, recuerdo cuando me mandaba mi padre a la bodega del Niño a que me rellenasen el garrafón. Al principio, era tan pequeño que tenía que ir con una carretilla a cumplir esa misión. De recompensa, un dorito que me regalaba el bodeguero y unos duros que me daba mi padre para que yo corriese ipso facto a comprar cromos al quiosco. Reconozco que aquella oscuridad que reinaba en el interior aderezada con un más que intenso olor a vino me daba cierto miedo, pero yo me hacía el valiente y avanzaba decidido hacia la barra para decirle bien alto al Niño: "¡que dice mi padre que le rellenes el garrafón!" Y, sin mediar palabra alguna, el Niño lo rellenaba abriendo el grifo de la cuba del clarete. "¡Hombre, si es el niño de la peluquera! Toma rapaz, unos cuartos pa que te compres unas pipas". Ése solía ser el primo Manolo, que era (y sigue siendo) uno de los habituales en la bodega. Aunque luego me reñían en casa — "¡que no se coge dinero de nadie, hostia!", me regañaba siempre mi padre — sí que he de reconocer que esas monedas me venían la mar de bien para comprar mis sobres de cromos, y que acabé la colección del Mundial de Argentina '78 gracias a ese hecho, a que por fin en un sobre me salió Hansi Krankl, aquel delantero centro austriaco que jugó en el Barça, un paisano de los de antes, con bigote y todo (nunca he visto tantos jugadores de fútbol con bigote como en aquel álbum), pero, claro, el fútbol de antes no era un fútbol moderno, era lo que tenía que ser, sin más.

"¡Eres tan feo que podrías estar en un museo de arte contemporáneo!", una de las míticas frases del sargento de artillería Hartman en *La Chaqueta Metálica*, que rubrica un epílogo más que merecido a esta aproximación apócrifa a la Bodega del Niño. Y no, no me refiero a nadie en concreto, si queréis saber por qué termino así este escrito, tan sólo tendréis que ir a la bodega, entrar por el portón que da a la calle de las Angustias, y, según vayáis avanzando en dirección a la barra, no dejéis de mirar arriba a la pared de la izquierda, que algún recuerdo de los viejos días de los cines de antaño os espera. Y luego, lógicamente, os pedís unos vinos... los que hay.


LIMÓN

EL BAR Y OTROS ANTROS, PEQUEÑOS TEMPLOS DE LA AMISTAD

Hernán Valladares Álvarez

Se lee en varios artículos de la Red, ese tremendo Lío en el que se copia y se recopia, sobre una definición de "los bares" como *lugares de socialización informal*. Vaya cosa; a ver qué entornos donde se junten multitudes menores o mayores —recuérdese que para Luis Buñuel a partir de seis comensales era ya una multitud— no se prestan a la socialización informal. Por lo que parece, hasta el Congreso de los diputados termina siendo, sobre cualquier otra presunta funcionalidad, un antro para la socialización informal o el putiferio político. Me parece que esa definición de *socialización informal* le cae bien al Globo terráqueo en su conjunto. Bien podría definirse a la Tierra como lugar de socialización informal. También se habla del origen léxico de "bar", como se sabe del inglés, que emparenta la palabra "bar" con "barra", "barrera", incluso "barricada". Me pregunto si un bar donde sopla desde ciertos flancos un aire muy fuerte sería un "barlovento".

Si alguien quiere hacer una historia de los bares debe referirse a sus análogos que existen desde las primeras civilizaciones, pasando por la Grecia —*thermopolia*— y la Roma —*cauponae*— antiguas y clásicas.

El origen de la palabra "taberna", para designar en ocasiones locales semejantes a los bares, nos llega desde Roma tal cual. Cada época invita a una evocación diferente sobre qué cosas se podían realizar dentro de locales donde entra gente diversa, se bebe —preferentemente debe ofrecerse algo alcohólico para los parroquianos más fieles, pues, como señuelo, atrapa mucho mejor este fermentado que el yogur— se come algo, se puede charlar, curiosear entre los presentes, incluso regocijarse en la hermosura de camareros y camareras y luego largarse para continuar con la vida. Puesto que nos ha llegado la visión de Roma como la de una sociedad bastante disoluta, podemos ensoñar bares y tabernas trufados de borrachos y ofertas para el desahogo de la concupiscencia. Lo que parece es que tenía mucho que ver con la comida. Con algo semejante a la comida rápida. Gente del pueblo que lo que quería era meterse algo al estómago y seguir adelante con sus obligaciones. En este sentido, los bares españoles me parece que han tenido una evolución muy peculiar. En México, donde hay mucha vida en la calle, no hay nada parecido a los bares españoles. Pero tampoco vi muchos en ningún país por los que viajé. Ni siquiera en Portugal, ni en Italia. Tal vez en Francia. Vuelvo a México. Se me antoja, por las referencias que pueda tener de reconstrucciones sobre las tabernas y *cauponae* romanas, que lo más parecido a esos locales antiguos son ciertos establecimientos en cualquier ciudad mexicana, chica o grande. Porque están muy abiertos hacia el exterior, se pueden preparar colaciones rápidas con mostrador hacia la calle, se acompaña lo comido con algo de bebida; incluso en los colores interiores de estos peque-

ños lugares se asemejan a los dibujos y ruinas que han quedado de los romanos. Tenían algo de lugar de comida rápida. Sin embargo, en lo que se refiere a México, hay una peculiaridad en nuestros días, probablemente contagiada por su poderoso vecino del norte, y es que no suelen despacharse bebidas alcohólicas. En México, se escatiman y sobre todo se cobran muy caras las licencias para poder servir alcohol. En tiempos de mis padres, quienes nacieron en México y vivieron hasta los años 50, las tascas, nombre muy de allá, eran todo lo contrario que lugares donde comer algo acompañado de bebida (vino en los casos griego y romano de la Antigüedad); básicamente quienes frecuentaban las tascas lo hacían para ingerir derivados del maguey en dosis estupefacientes, desde el pulque, pasando por el tequila hasta llegar al mezcal: "para todo mal, mezcal; para todo bien, también; y si no hay remedio, pues litro y medio". La costumbre por completo integrada en la sociedad de beber vino y cerveza es algo que proviene de culturas antiguas del próximo y medio Oriente (recordemos el *zythum* egipcio, que no era otra cosa que cerveza). Parecen ser estos egipcios desde el Imperio Antiguo los primeros productores de cerveza, y luego también aparecería en la civilización sumeria. El vino y la cerveza pasan a las costumbres europeas a través del Mediterráneo. Otra vez Grecia y Roma. Y constituía parte de la dieta alimentaria de cada día, igual que perduraría hasta la Edad Media, donde en algunos monasterios se han encontrado textos en los que se señala la ración diaria destinada a los cenobitas, entre la que se incluye una medida equivalente al litro y medio de vino. Me pongo bíblico con dos citas que me vienen a la cabeza de

cuando leí la Biblia, lo mismo hace 25 años; nunca se me han olvidado porque me parecen muy simpáticas. La primera es a modo de admonición, que tanto gusta al Antiguo Testamento: “¡ay de quien pase sus días sin vino!”. Recuerdo haberlo leído como una especie de amenaza, o un castigo, o más bien una maldición. La otra cosa era: "la cerveza tiene el espíritu del vino y la fuerza del pan". El uso pervertido del alcohol utilizado casi exclusivamente como estupefaciente es propio, creo, en particular de los Estados Unidos, de ahí su mojigatería posterior al respecto. No comprenden el vino y la cerveza como una forma natural de acompañar una colación o un almuerzo o una cena, o simplemente para beberlos solos sin querer llegar para nada a la intoxicación. Por placer o, en el caso de la cerveza, para quitarte la sed. Esto no significa que no hubiera buenas cogorzas en todos los tiempos y lugares.

En España, donde tocamos a un bar por aproximadamente 175 habitantes —probablemente ¡más que abogados!—, creo que el bar está terminantemente asociado a tomarse una caña, un vino o incluso “una copa”, metonimia para no decir *vaso de tubo*, con algún combinado alcohólico. Tengo una manía bíblica por los vasos de tubo; si me dieran algo de poder político, antes que entrar en la reforma de la Constitución (haga el lector una reverencia) prohibiría en los bares los vasos de tubo y las televisiones —estas últimas excepto los días de partido de fútbol—. Desde que las corporaciones mediáticas compran la retransmisión de los partidos de balompié se ha creado una nueva necesidad para acudir a los bares. Pero éstos también se asocian en este reino de taifas con

el consumo de alguna colación: tapa, pincho, ración o aperitivo. Lo de "reino de tarifas" no lo digo como guiño político centralista, sino porque la tapa sólo se sirve gratis al pedir cerveza o vino desde la cornisa cantábrica para el sur y hacia el este. Aquí encontramos la oportunidad para inscribir otro decreto en el BOE (ese Boletín Oficial del Estado donde quedan escritas las leyes sancionadas, tendentes a la estrangulación ciudadana): la tapa obligatoria. Muchos bares se han acabado convirtiendo también en los lugares donde comer el menú del día quienes almuerzan fuera de casa, generalmente por el horario laboral. O porque les da la gana. No sé qué poeta de la generación del 50, también llamada "generación de la botella", ninguno de los más famosos, dijo: "como fuera de casa no se está en ningún otro sitio".

Otra vez Buñuel; para él España era el mejor lugar sólo por la existencia de los bares y su ritual socializador. Según él, ni en Francia ni en México, lugares donde residió, existían tal y como aquí. Decía echarlos de menos. Lo cierto es que es un pequeño paraíso para el descargo de las tensiones cotidianas. Después de una jornada laboral, mayormente. En fines de semana se convierten más en centro de recreo y reunión. Creo que ha habido cierto machismo en el uso de los bares. Yo mismo, algunos viernes, después de llegar a casa, saludar a mis hijos, a mi mujer y a mi perro, incluso dar con él un paseo por los alrededores del río Nalón —vivíamos en un pueblecito a 9 km de Oviedo—, cruzaba el pequeño puente del tren e iba a la plaza del pueblo donde había los dos únicos bares. Solía ir a Casa Eleuterio, bar, restaurante y merendero de mucha prosapia, que ya había

abierto el abuelo del actual dueño, Tello. El pretexto podía ser perfectamente ver un partido, pero podía ir simplemente a tomar un par de cervezas, codearme con mis vecinos o incluso entablar conversación con alguno que hubiera tenido la misma idea catártica que yo.

En el bar mantenemos conversaciones con nuestros vecinos de barra. Quedamos con los amigos y establecemos tertulias alrededor de una mesa llena de bebidas. La amistad y esa relajación necesaria presiden la atmósfera; atmósfera hasta hace pocos años llena del humo de los cigarros. Cuando se promulgó esta ley que prohibía fumar en los bares, en tiempos de Zapatero, de pronto la derecha se convirtió en defensora del hábito de fumar, porque decían que era libertad individual. Hoy, tal y como pronostiqué a los contertulios que debatían sobre la cuestión conmigo, nos parecería un despropósito estar fumando al lado de alguien que está comiendo unas patatas alioli y bebiendo una cerveza. Nadie se puede imaginar ahora cómo era posible fumar en los aviones o en los hospitales, o el profesor en nuestra clase de primaria; y así era hasta hace no tanto. El bar, lejos de quedar deshabitado como pronosticaban apocalípticamente los detractores de la ley antitabaco, han seguido teniendo el mismo éxito. No se han vaciado.

Se dice que el psiquiatra ha sustituido en sociedades posmodernas a los confesores religiosos. Yo creo que, como función de descarga, nada mejor para echarnos el alma a las espaldas que entrar en un bar y beber unos vinos o unas cañas acompañadas, aunque sea sólo por un plato de aceitunas. Un muchacho que trabajó para mí durante un tiempo me contó la gracia con la que al-

gún parroquiano de bares en Sevilla solicitaba al camarero que le pusiera el aperitivo: "¡Quillo, pégale una *pataíta* al olivo!".

A finales del siglo XIX y hasta mediados del XX, siguiendo en España, los bares y más bien los cafés servían como templos de la tertulia artística y literaria. Ahí están los cafés del Gijón o el Espejo de Madrid.

Tal vez por la imagen que tengo de películas, durante el franquismo los bares se me aparecen evocados en mi mente como algo lóbrego, de luz apagadadiza, menos poblados que los de hoy o los de tiempos atrás y con un silencio inquisitorial en lo que concernía a ciertos temas.

Poco a poco el bar fue abriendo sus puertas de manera más expedita a las mujeres, no por necesidad acompañadas de un varón. Grupos de amigas frecuentan los bares hoy en día, faltaba más, lo mismo que grupos de amigos y lo mismo que grupos mixtos. Me viene a la cabeza un ritual de cortesía que primaba a la hora de entrar un caballero con una dama en un lugar público, en una cafetería. Curiosamente, aunque tendemos a abrir la puerta para dejar pasar a la mujer primero, lo cortés era que el caballero entrara antes para romper la impudicia probable de las miradas de los parroquianos dentro del local, y una vez se había neutralizado esa curiosidad invasiva, se invitaba a que entrara la dama mientras se le sujetaba la puerta.

Durante la época de La Movida de los años 80, particularmente circunscrita a la ciudad de Madrid y también a Vigo o La Coruña —por la cantidad de grupos pop que surgieron en Galicia—, muchos bares cobraron un cariz de santuario donde la gente se preparaba a últi-

ma hora de la tarde y primera de la noche para comenzar con buen pie la farra nocturna. Con la simplonería de aquel presunto movimiento cultural callejero, hubo incluso alguna canción dedicada a los bares, como aquella de Gabinete Caligari: "bares, qué lugares tan gratos para conversar; no hay como el calor del amor en un bar".

Los bares también sirven de cobijo a las parejas. En cualquiera de las modalidades de uso que se han ido describiendo, el bar se convierte en un centro de vida. Social muchas veces, como indica aquella definición que se dio al principio, pero en ocasiones también como refugio del solitario que se acoda en la barra y trata de ahogar en alcohol sus penas.

El *saloon*, que sobre todo es evocado en nuestra imaginación por las películas del Oeste, era un lugar donde la gente solía beber destilados fuertes como el whisky. Y probablemente de aquellos polvos vienen estos lodos. Al revés que los bares españoles, aquellos salones servían para que el""vaquero" de turno se cogiera una buena melopea y terminara a puñetazos con sus correligionarios, o a tiros. Y ahí siguen. Si pensamos en un bar yanqui nos viene a la cabeza ese bebedor solitario que sostiene con una mano su cabeza abigarrada de problemas, como si le pesaran demasiado, y con la otra no deja de dar tragos al vaso de su bourbon que el camarero le rellena cada cierto tiempo.

En Asturias hay que hablar de la sidra. Aunque en principio esos "chigres" tenían un carácter desemejante, en muchos casos han terminado mestizándose con el bar prototípico. En Oviedo, frente al teatro Campoamor, existía un chigre llamado La Perla, creo que de finales del

XVIII. Tenía mostrador de cobre y se servía sobre todo vino. Era un lugar inolvidable, donde por poco dinero te marcabas un viaje en el tiempo. Pero en este mundo de valores un tanto incomprensibles, un simple "bar" no le parece a las autoridades nada digno de conservación. Si no es iglesia se puede derribar. A mí me supuso un gran disgusto.

Sea como fuere, en España el bar es probablemente el local comercial más y mejor afamado; nadie piensa en asistir a uno para otra cosa que distraer el ánimo o cultivar la amistad.



FEB. 13 - 1971
GRAND THEATER
GARY, INDIANA
INN OF THE BEGINNING
TOUR
SEX PISTOLS
THE DAMNED
ARTFUL DODGER
MUSIC HALL
APRIL
JAMES BROWN SHOW
THE CULT
CHARLES LLOYD
THE TEARJERKERS
RORY GALLAGHER
THE ATRIX
BERLIN
SLAYER

BABEL GONG

Rubén Rodríguez

Cuentan las leyendas nocturnas que aquel local de la calle Martínez Vigil era un lugar para el baile y el desenfreno. El Safor fue espacio de consumos prohibidos y esquinas creativas para la acción política y la reivindicación social allá por los años setenta. Planes reivindicativos y revolucionarios se amasaron en aquella barra y sus cervezas. Fallidos intentos de cambio, al compás del paso doble y la eterna canción española fueron durante años, constante nutricia sombra de vida. Dicen que el dueño, contrabandista, en los años finales del hambre y el estraperlo hizo dinero con las miserias humanas y sus necesidades, y así pudo retirarse y recabar en aquel pub del misterio, llamado: el Safor. Otras lenguas maledicentes cuentan que fue marino mercante, capitán de barco carguero en el puerto de Avilés para más señas. Cansado del nomadismo marino y de perder casi la vida en sus viajes infinitos por las costas de Panamá, Santo Domingo, Eritrea o Somalia decidió, poner fin a su aventura de lobo de mar. Recabó en una ciudad tranquila y sin costa, pero cerca del mar para poder así, vivir para siempre con sus sueños y pesadillas pasadas, sin zozobrar bajo una noche oscura o a la llegada fatal del alba. Siempre despierto y

acompañado, el Safor se convirtió así en su mejor refugio.

Una vez cada año se dejaba caer por el puerto de Avilés y rememorar sus viajes y aventuras por los continentes africano y americano. Una tormenta otoñal de camino a casa en el golfo de Vizcaya hizo que aquel barco de más de veinte años y su tripulación se hundieran en las aguas profundas del mar cantábrico. Salvó el pellejo: él y su cocinero como únicos supervivientes de aquella tragedia, pero sus recuerdos y pertenencias quedaron allí atrapadas, ya para siempre, en las profundidades de aquellas traicioneras aguas. Gracias a la rápida intervención de la gendarmería francesa, y a su temple de marinero y capitán curtido en mil y un desastres, se salvaron de una muerte segura. Todo fue muy rápido, y el helicóptero francés salvó a sólo dos supervivientes de morir ahogados. Y así, el Safor, se convirtió en su punto y aparte, su perfecta guarida ante tornados y otras inclemencias temporales y humanas con que la vida a todos acecha.

El bar tuvo éxito durante muchos años, y dicen los lugareños que se convirtió en el mejor desguace de Oviedo para parejas cincuentonas y ligones de fin de semana, un lugar propicio para cerrar las noches o para ser frecuentado con regularidad y alevosía por noctámbulos y artistas. Luego, como todas las cosas, nadie sabe lo que ocurrió, el tiempo se encarga de borrar las huellas de su cierre abrupto en los años noventa. Dicen los vecinos que una riña de madrugada tuvo la culpa, pues hubo un muerto y dos heridos, y el bar quedó clausurado, y su dueño cayó en el más profundo de los olvidos, ya nadie se acuerda de todo aquello. La vetusta ciudad de Oviedo

nunca perdona culpas, pero siempre olvida sus triunfos y a sus hijos de épocas pasadas.

Con el paso del tiempo, el volcán emblemático quedó dormido, más bien en letargo, pues en el año 2010 abrió con nuevos dueños e ilusiones renovadas: Delan y Sergio. El Gong fue su nombre, palabra corta y enigmática, pero a la vez con carga de sonido mistérico y terrible; concentra la esencia de una llamada contradictoria de brevedad intensa, de sonidos musicales y plurilingües. Las consignas fueron claras para revivir aquel bar muerto: Música rock y conciertos en directo, y además como complemento nutritivo y sal de la vida, cualquier actividad que se terciara artística o literaria tendrían presencia en aquel local. Tras varias indefiniciones y alguna que otra pelea, el bar quedó en manos de un solo dueño, Sergio, marcando si cabe con mayor fuerza y personalidad al bar. El Gong transmutó de manera rauda hacia mezclas de cantina flamenca y caverna musical setentera; un templo al rock y a la música en directo que muchos ovetenses estábamos esperando su llegada. Conviven grupos y músicos variopintos, pero afines desde la heterodoxia y el contraste musical: Camarón, Beatles, Deep Purple, The Doors, Led Zeppelin, ACDC, Black Sabath, Alice Cooper, Joe Satriani, Santana...y un sinfín de universos musicales que el cliente que llega debe adivinar, interpretar y alcanzar el karma musical con el pinchadiscos de turno, siendo los caminos para ello: variados y diversos.

Dicen que el bar, después de muchos años cerrado a cal y canto, fue de nuevo abierto por el hijo ilegítimo del antiguo dueño como parte de la herencia dejada en muerte tras extrañas circunstancias y todavía aún hoy no

aclaradas; habladurías y chismorreos que dan un pasado mistérico y oculto al actual dueño, pero que el acogedor local guarda un secreto entre sus cuatro paredes: Crecerás en felicidad, amigos y negocio rápido pero al cabo de veinte años el lugar caerá en el más absoluto de los olvidos y pasará a otro dueño. Maldición de marinero o escritor frustrado por el fracaso de los días. Se oyen cantar en sus paredes, coplas y canciones populares, cálidas palabras fluyen por la penumbra de sus rincones o en su barra negra-rojiza y serpenteante.

En la actualidad, el Gong, bar de referencia de la movida rockera ovetense espera el tsunami y su maldición bíblica que llegue, mientras Sergio Gong, en su pequeño paraíso conversa y acoge impertérrito a músicos, artistas, poetas y amantes de la buena conversación y la jarana, como torre de babel o biblioteca de Alejandría perpetua guarda bienes preciados: la felicidad y sus pequeñas esencias; igual que el antiguo Safor y sus pasados clientes, disfrutando sin freno, de las noches eternas y de sus fiestas.


VISA
VISA

CASA MANUELA

Fee Reega

Cuando empecé a frecuentar Casa Manuela y los camareros y el dueño, Eloy, me dijeron cómo se llamaban, también empecé a escribirles postales cuando me iba de viaje. Siempre que iba a alguna ciudad, les mandaba una, y Eloy las coleccionaba en una carpeta que tenía guardada detrás de la barra. En esa carpeta también guardaba recortes de periódico de cuando alguna vez salió un artículo sobre un concierto mío.

No sé si lo sigue haciendo. Yo he dejado de mandarles postales, pero debería retomarlo. Todo eso fue parte de un proceso que hizo que ese bar se convirtiese en una especie de hogar para mí, y que ellos se convirtieran en una especie de familiares.

Cuando vives lejos de tu familia, buscas a veces un sustituto para esas relaciones, y para mí Casa Manuela es algo así.

Ahí trabajan personas muy diferentes el uno del otro. No compartimos necesariamente opiniones o gustos. De hecho, hay muchos asuntos en los que pensamos exactamente lo contrario, pero sí compartimos tiempo y espacio, nos alegramos de vernos y hacemos un esfuerzo por tratarnos bien mutuamente.

Puedo contar con que abran de lunes a sábado,

desde la mañana hasta la noche, y que sepan siempre lo que me gusta beber (tinto de Tineo, vermú Solera, cañas, y, muy pocas veces, pastís de Ricard), y ellos saben que yo vendré siempre que estoy en la ciudad. Vendré con amigos, con invitados, a escribir a la hora en la que el bar está vacío y las luces bajadas. Escribí casi un poemario entero ahí, muchísimas canciones, mi diario y muchas cartas a gente querida.

Sé que a ellos les hace sentir bien verme escribir, que les hace sentir una pequeña parte de ello. Eloy siempre me anima a apuntarlo todo. Tienes que escribir: son las 16:32 y Eloy me está poniendo un tinto de Tineo —TT como lo llamo yo—. Sé que se sienten orgullosos cuando me ven en la televisión o cuando voy con algún periodista a hacer una entrevista. Seguramente piensan que soy un poco rara, pero también sé que se preocupan por mí cuando no estoy bien y que quieren saber adónde voy a tocar y quiénes son mis amigos.

Una vez me vieron llorar, cuando alguien que quería mucho, se fue, y yo me acerqué a Casa Manuela para escribirle una carta a esa persona. Mientras la escribía, me emocioné mucho y no conseguí tranquilizarme. Juan, el camarero de entonces, vino a preguntarme qué me pasaba, decía: ¿te han pegado?, ¿te hicieron daño?

Después de eso, durante un tiempo, siempre me pusieron doble tapa y eso fue una muestra de cariño que reforzó nuestra relación a largo plazo. A veces Eloy me dice cosas bonitas como que soy lista o que soy buena gente y que le gusta que hable muchos idiomas.

Cuando mi padre me vino a visitar con su novia, les presenté ahí y Eloy estaba muy sorprendido de lo

joven que parecía mi padre y decía que, para ser alemanes, no tenían nada cara de tontos como solían tener los guiris en su opinión.

A veces le riño un poco cuando dice frases políticamente incorrectas, pero no creo que las diga con mala intención. Agradezco su eficacia y la de los camareros, su rapidez y sensibilidad, sólo hablan si pides conversación, si no, te dejan tranquilo. Es muy difícil encontrar un sitio así. A cada hora es distinto, pasa por muchas fases a lo largo del día y cada una me gusta a su manera.

Hay poca gente con la que compartes tu tiempo y espacio a todas horas, menos en la cama. De hecho, no lo haces con casi nadie, menos con la familia, con algún compañero de piso o de trabajo.

Lo saben ellos y lo sé yo.

Ahora mismo, escribiendo esto, estoy en un avión camino a Suiza. Acabo de pedirme una lata de cerveza y he empezado a pensar en Casa Manuela.

Voy a estar dos semanas y media sin verlos y sé que me voy a enfadar con los precios de las bebidas en los bares suizos, y voy a pensar en Eloy, porque siempre dice: ahí no te ponen tapa, ¿verdad?

Y no, ahí no me ponen tapa.

Debería escribirle una postal, hace mucho que no lo hago, pero sigo teniendo memorizada la dirección.

Casa Manuela. C/ Buen Suceso 13. 33206 Xixón.

2017

4 054741 027822

Feliz navidad
a todos en Casa
Manuela desde Alemania.
Hace mucho que no
mando una postal,
pero aquí me acordé
de vosotros. Abrazos y
nos vemos en el
año nuevo. Fee

CASA MANUELA
c/ Buen Suceso 13
33207 Xixón
Spanien

ART. NR. GF3087 · MADE IN GERMANY WITH ♥
www.cityproducts.de · gut neuenhof · 50259 pulheim
cityproducts info@cityproducts.de · design: a. birkenstock / e. haccou



BARES

Ceferino Montañés

Los bares son la sombra de nuestra biografía, el paso entrecortado de nuestro deambular por el mundo. Cada bar es un universo diminuto acotado por unas paredes donde exhala no sólo el vapor etílico sino los sueños deslavazados, los amores perdidos o reencontrados o las frustraciones que se agostan en el fondo de un vaso o de una botella que apuramos con el consuelo de sobrevivirnos al naufragio. Hay tantos bares en nuestras vidas como amores perdidos o soñados al calor de una butaca envuelta en la clarividente noche de un cine. Bares de adolescencia, como El Dulcinea, en la plaza Lobo de Avilés. Lugar de encuentro y desencuentros sin horario fijo, ni fecha alguna. Eran citas a ciegas y como al azar porque no había hora convenida a priori. O El Sol, con su dueño en perpetua ebriedad que te invitaba a un vino si le simpatizabas. O El Alvarín, todavía vivo en la esquina de la plaza del Ayuntamiento de Avilés, donde hurtábamos botellas entre la necesidad y la venganza, que a esa edad los enemigos podían ser inventados. Soldado a mi biografía no puede escapárseme El Tatagullo, o Tatagulla, según quién lo nombre, un híbrido entre chigre a la antigua usanza, y restaurante, donde el comer y el beber conforman un todo indisoluble adobados por la densa conversación de Juan y las

atenciones siempre risueñas de Paco que reparte amabilidad de gran anfitrión. También Casa Paco, cazador convulso, ya en la hornacina del pasado. Son bares y sidrerías, como Casa Lin, que me asaltan como cuatreros a las diligencias de la memoria. También nocturnos, como Don Floro, verdadero santuario nocturno, incluso en los días de diario, cuando los bares todavía mantenían el pulso con una clientela fiel como los aficionados de un club de fútbol. El Estampa, variopinto de personajes; La Librería, a cuyos mandos Pilar acababa siendo una clienta más cuando éramos algunos los que despachábamos, poco antes del cierre, a modo de camareros improvisados. En el barrio de El Carbayedo, El Ochobre, de la mano de uno de los hosteleros más emprendedores como fue (o sigue siendo) Toni, que también abrió Les Ablanes o recuperó para la historia el vetusto La Araña en el barrio de Sabugo, donde oficiaban los progres del momento a base de canciones como "Soldadito Boliviano" para cantar a una revolución de aire y juego. El más peculiar, por no escribir otro adjetivo, que son muchos los que le cuadran, El Llagarón, auténtico chigre que sobrevivió al tiempo hasta hace no muchos años, donde se despachaban pintas de vino sobre su barra de madera raída sobre la que sobrevolaban auténticos tapices tejidos por las arañas. Resulta curioso, pero la sensación, pese a ello, no era de suciedad, sino de pulcritud, quizá por la imagen que proyectaba su propietario, al que daba gusto observar cómo preparaba un pincho de cecina. En la calle Galiana son muchos los que fueron, y siguen siendo, con otros nombres y apellidos, y donde siguen atendiendo a una masiva concurrencia de jóvenes sobremanera los fines de semana. Muchos

han perdido el paso y el nombre con el tiempo y han quedado arrinconados en los estantes invisibles de la memoria cada vez más quebradiza. Bares de infancia, allá en el pueblo de La Magdalena, en Siero, sepultados para siempre en lo alto donde resuenan las voces como ecos rotos de padres y abuelos. El de Rufino, al que todos llamaban El Pisitu, y el de Pachín, apenas separados por un par de casas, que eran mucho más que tabernas, porque en ellos se podría adquirir desde unas zapatillas, unas madreñas o el mango de una guadaña. Nombres que se van de la mano de la infancia, cuando no era momento de beber más que un refresco o acopiarse de pipas, chicles y caramelos, o aquellas aceitunas rellenas cuyo sabor aún perdura en el paladar. Bares encerrados en sus féretros, cercanos a la pequeña capilla donde los domingos se apiñaban decenas de feligreses con una fe que se me antoja dudosa y marcada por la costumbre. Después, tras el paso a modo de puente por Avilés, los que están ligados a Barcelona. Comenzando por el de la Facultad de Letras de la Autónoma en Bellaterra donde despachábamos horas y cervezas como si el mañana ya fuese hoy. Ya en la ciudad recuerdo El Glaciar, en la plaza Real, ceñida por un grupo de palmeras, pero otros muchos más, olvidados los nombres, en aquella ciudad abierta donde se ofrecían conciertos, músicas y canciones cuando la noche nos cogía de la mano para adentrarnos en la madrugada que siempre miraba el mar al final de Las Ramblas. Bares perdidos en el dédalo del Barrio Gótico con viejos pianistas y envejecidas cantantes que desgranaban sus últimas estrofas atragantadas por los años. Muy cerca donde las meretrices ofrecían su melancólica, decadente y hasta triste mercancía de

cuerpos tumefactos y heridos, bebidos como nosotros de nostalgia y de sueños que se ahogaban por los sumideros de la calle Escudillers. Otros pegados a Las Ramblas como el Café Ópera donde tomarse un café o un carajillo para ver la vida más intensa pasar de arriba abajo en un constante y nunca cansino caminar. Justo frente al Liceo, en aquellos años de transición democrática, donde la izquierda más radical lanzaba huevos a la parafernalia engominada de los burgueses catalanes. Canaletas era el lugar de encuentro al aire libre, junto o entorno a la misma fuente donde se celebraban los éxitos del Barça. Recuerdo una de mis primeras cervezas a mi llegada en el bar que le da nombre. Pero la memoria no alcanza a albergarlos a todos, aunque sé que permanecen en algún lugar recóndito y desconocido de mi biografía a los que no tengo ya acceso. Ahí donde el recuerdo no puede escarbar porque se confunde con tantas experiencias vitales y tanto trajín. Y de vuelta a Asturias, los de Oviedo. Nocturnos como El Paraguas, barca letraherida pilotada por Fernando, que fue más que un barman; Diario Roma, donde todavía oficia y resiste Salgado; El Campa, a modo de Naciones Unidas por la heterogeneidad variopinta de su clientela. Y mucho más cercano en el tiempo El Olivar, al mando de la batuta de Amadeo que para muchos es una vertiente de su propia casa. Muy importante continúa siendo el Dany's Jazz, inolvidable la personalidad de quien le dio nombre, con un conglomerado variopinto de personajes que han perdido el paso hacia otros lugares y con otras costumbres fruto del hastío, los amores y la dejadez o la comodidad.

En mi biografía bares y sidrerías se confunden porque forman parte del mismo espacio a distintas horas. Por eso no puede faltar en este recuento El Ovetense, preñado hoy de una triste nostalgia empañada por el adiós madrugador de Serafín, maestro de ceremonias desde su silencio aherrojado. Recuerdo que, durante unos años, todos los martes, El Ovetense era un híbrido de bar, sidrería, restaurante, pub y sala de conciertos, de la mano de algunos profesores de la Escuela de Música y del Conservatorio. Todavía ahora, cuando regreso ya con menos frecuencia, me parece escuchar aquellos cantos y aquellos sonidos que permanecen agazapados susurrándome desde los palcos carcomidos por el pasado. La sidrería Marcelino es lugar habitual de mis recorridos sidreros. Y mención especial me merece Casa Ramón, entrañable personaje, hoy ya jubilado, y que ha relevado el siempre sonriente y solícito Olegario. Más que una sidrería un club donde degustamos sidras y buenos platos. Y cómo olvidar la cadena de sidrerías de la populosa y popular calle Gascona, donde el chasquido de la sidra conforma una orquesta de música reiterada y monótona. Todos como templos sin bautizar, porque están henchidos de buenos recuerdos y frustrados amores que han quedado atrapados en sus vientres hinchados de sidra y cerveza. Una retahíla de bares en El Antiguo, en el viejo o más viejo Oviedo, donde la sombra de La Regenta, al igual que el pub del mismo nombre donde Pilar acogía con resignación nuestras conversaciones, arrastra las vivencias más vívidas de la noche, que es la parte más claroscura de la vida. Bares que se sienten en la piel hirsuta del relente de la madrugada, cuando el dipsómano encuentra con torpe-

za el camino a casa de la mano, cuando la noche no le fue propicia, de su soledad más fría e hiriente. Unos bares que rotulan sus nombres en sus frontispicios, pero que calan con más dificultad en la memoria, pero no en los pasos que nos conducen a sus interioridades más diáfanas e íntimas. También Villaviciosa aparece de forma nítida en el mapa de mis viajes y en la presencia de sus sidrerías. Cómo no hablar de El Furacu, El Roxu, El Tonel, Bedriñana o La Ballera. De Gijón el remozado y clásico Café Jovellanos, y sidrerías como Ataulfo, Llagar de Begoña, Los Pomares, tutelada con mano maestra por Pili y Jorge, el Parrochín, donde se pueden degustar algunos de los mejores palos de sidra y unos excelentes pescados. o El Cartero, por citar y rememorar un pequeño puñado de tantos en tantas calles y geografías.

Los bares son parte de nuestra biografía porque el bar, en sentido amplio en su concepto como establecimiento hostelero, se tiñe de nostalgia, cultiva la amistad y la camaradería, aunque sea superficial y efímera. Torea la tristeza, envuelve las frustraciones en una cálida copa que no te hace olvidar, sino más bien subrayar el dolor que parece escocer menos envuelto en sus llamas. La soledad que miente porque parece estar cantando contigo. Bares y más bares que son esa otra vida que nos atenaza, que nos ata. Todos como templos sacrílegos con su propia y particular fe, porque están preñados de buenos recuerdos y frustrados amores que han quedado atrapados en las redes de sus vientres tomados por la bebida. Muchos asaltan mi memoria y sólo un ramillete han quedado impregnados por ella, quizá por ser muchos, variopintos, muy distintos y, sobremanera, por ser tan distantes. Como los de

Madrid, en el barrio de Malasaña, cuando la soledad se escurría como un perro faldero a mi espalda y me perseguía complacido porque era mi única compañía en tantas noches. Bares de amores encontrados de manera súbita, con nombres de mujeres prendidas con un alfiler a la solapa del tiempo fugitivo. Como tantos bares que conforman y participan activamente de nuestra biografía. Como sombras. Más que sombras. Como instantes que no se escapan a nuestra manera de ser, de vivir y de estar en el mundo. Porque en ellos, en los bares, se nos va una parte fundamental e importante de nuestra propia vida que también queda, de alguna manera, atrapada en el vientre de sus arquitecturas y de sus olores.



LOS ÚLTIMOS CHIGRES DE OVIEDO

Fernando Romero

Son apenas un puñado, pero ahí están, resistiendo el paso del tiempo, con dignidad y solera y manteniendo su personalidad. Ellos conservan los ambientes, los empleados, los clientes de siempre, sus especialidades culinarias, sus vinos de granel y su vajilla extemporánea, y no pasan de moda. A su alrededor hay muchos más establecimientos, con miles de euros de diseño invertido, estilo forzado, copas altas, clientes encorbatados y mucho cartonpiedra. Pero para los chigres de toda la vida de Oviedo —cada vez menos— los nuevos bares no son ni fueron nunca competencia, porque sus clientes buscan lo que buscaban sus padres y sus abuelos: buen trato, calidad y autenticidad, valores cada vez más escasos. Vaya por delante que el recorrido resumido que aquí hacemos no es exhaustivo. Son todos los que están, pero no están todos los que son. No andaríamos desacertados, sin embargo, si decimos que no hay más de una docena de estos chigres con solera en la ciudad.

Gran Vía, desde 1898.

Comenzamos la ruta en la zona alta, en la Gran Vía, una sidrería popular fuera de lugar, al estar en un entorno de cafetería fina y vinoteca elegante, en la llama-

da milla de oro de Oviedo. En este establecimiento, probablemente el más antiguo de la capital (fue fundado en el edificio de enfrente en 1898) hay sidra, sobre el mostrador se ven andaricas y bígaros y los paisanos hablan a voces. A las doce de la mañana está lleno. Recogen desertores de una de tantas manifestaciones del entorno de la Casa Sindical. Precisamente sindicalistas, políticos y funcionarios son clientes habituales, aunque se mantienen los viejos de siempre.

La Gran Vía ha sido regentada desde 1898 por tres familias. Las dos anteriores eran procedentes de Nava y la actual, los Fernández Huerta, son de Oviedo. Ellos abrieron la sidrería hace 24 años (anteriormente solo se servían vinos). Manuel Fernández Huerta es el cabeza de familia que, aunque presente siempre en el local controlando, echando una mano y charlando con la clientela, ya abandonó la primera línea en favor de sus tres hijos. Ellos llevan todo, incluyendo la cocina, conocida en todo Oviedo por sus fabulosas cebollas rellenas, su merluza a la sidra y a la cazuela y la caza en temporada, así como por sus callos. Es también un lugar idóneo para comer oricios frescos cuando los hay y organizar tertulias.

La Paloma y el vermut centenario.

Bajando desde Gran Vía hacia Uría y tomando luego dirección hacia la Estación, nos encontramos, adentrándonos un poco en la calle Independencia, a uno de los clásicos de la hostelería ovetense: La Paloma. Si se viene de vinos no hay problema en seguir el palo, porque los tiene buenos, aunque se recomienda su vermut de solera. No es que ellos lo fabriquen, sino que introducen

el de sus proveedores en barricas de madera centenarias "lo que le da un sabor especial a madera y a solera", explica Carmen, la hija de Ubaldo García, el histórico fundador de este negocio, ya fallecido.

La Paloma fue fundada en 1900 en la calle Arguelles por un canónigo al que se le conocía con el mote de el Palomo quien lo traspasó a José Mª Fernández Núñez, el cura de Mallecina, que a su vez lo traspasa a Josefa Ordóñez. Esta señora lo amplía con fonda y casa de comidas. Según relata Carmen, en 1914, Manuel Rubio, Faustino del Llano y Ángel Menéndez, todos oriundos de Salas, constituyen una sociedad y toman el traspaso del alquiler de La Paloma. En ese momento compran las 3 primeras barricas de vermut, que son las que hoy se utilizan todavía y que le dan su toque envejecido.

La especialidad de La Paloma es el vermut, que sale de las barricas centenarias a través de unos serpentines y un enfriador que deja la bebida en 4 grados centígrados, su punto de degustación. Pero, además, comparte protagonismo con las gambas a la gabardina, aperitivo de la que son auténticos expertos en este establecimiento, como lo son en su cocina tradicional a base de fabada, pote o patatas rellenas de carne, entre otras especialidades que se ofrecen diariamente.

Los vinos de Avelino.

Siguiendo hacia la llamada Ruta de los Vinos, en la calle Manuel Pedregal, vamos a entrar en otra bodeguita de toda la vida, en donde el vino es de León y se sirve en vasín pequeño, el que se usaba antiguamente en los

chigres ovetenses. Aquí entran paisanos (y paisanas por supuesto). A la hora del aperitivo no cabe un alma.

La bodega que regenta Avelino González, un veterano de la hostelería carbayona, está abierta desde hace veintitantos años, mucho antes de que se pusiera de moda la citada Ruta de los Vinos. Se bebe el vino que siempre se tomó en Oviedo, el de las bodegas Regias de León (hoy Señorío de los Arcos). En Avelino se comen excelentes embutidos y también escalopines, riñones de lechazo y setas de primavera, emulando quizás a uno de los clásicos que desapareció hace años: La Quirosana, que estaba en Fray Ceferino, no muy lejos de aquí.

De mistelas y manchados en Montoto.

Dirigiéndonos hacia Salesas, llegamos a un territorio que antiguamente era la auténtica zona de vinos de Oviedo. Entre los ejes Nueve de Mayo, Caveda y San Bernabé, que entonces no eran peatonales, hace 30 y 40 años era tal el gentío que se concentraba en la calle tomando sus chatos, que había siempre problemas con los vehículos, a los que la aglomeración impedía circular. Allí estaban el Marchica, El Manantial, Casa Montoto, Hermanos González, el Artabe y un poco más allá, La Perla, (ya junto al Campoamor). De todos ellos solo ha sobrevivido Casa Montoto que, además, mantiene exactamente el mismo aspecto que tenía, a excepción del viejo mostrador de madera que se sustituyó por uno de acero.

Montoto abrió sus puertas al público en octubre de 1976, en plena transición. Aquí paraba la juventud de entonces a tomar sus mistelas, como lo hace hoy. Antes de esa fecha era un depósito de cerveza de El Águila Ne-

gra. Sus fundadores, hoy fallecidos, fueron José Luis Díaz Barbón y Mercedes Suárez Montoto. Son tres las generaciones que han regentando el negocio, al igual que siguen siendo tres las generaciones de clientes que siguen tomando en vasín pequeño su mistela, su manchado, su tinto o su clarete. Vinos, por supuesto de procedencia leonesa de Bodegas Regias. Pero lo que atrae a la clientela, además del vino, son sus minibollinos de chorizo calientes, que elaboran ellos mismos y las empanadillas de bonito.

Hoy el bar lo llevan con soltura los tres nietos de Luis y Mercedes: Ana, Francisco y Mercedes y hay días en que es imposible entrar, especialmente si uno acude a esta casa a tomar el aperitivo un sábado al mediodía.

Un bodegón con aire de 1945.

Salimos del centro para atravesar General Elorza, bajar unos metros por la calle Pumarín, y adentrarnos en la calle Buenaventura Paredes. Aquí encontramos una de las joyas de los chigres tradicionales ovetenses: El Bodegón Don Vinazo. No ha perdido ni un ápice de su encanto y el vino de Cacabelos (Bierzo) recorre los serpentines por los techos y paredes para llegar al grifo y entrar en la botella a la temperatura adecuada. Como no podía ser de otra manera, se sirve en vaso pequeño de chato y en porrón.

Su actual propietario lo es desde hace más de 25 años y se llama Luis Suárez Mon, que lo regenta junto a su mujer Flor, que no para de mesa en mesa ofreciendo a los parroquianos unos aperitivos de oreja de cerdo. El local, sin embargo, funciona desde los años 60 y allí pa-

raban los empleados de la antigua empresa de transportes Mateu y Mateu, situada a la vuelta de la esquina, a la que acudían con su gerente, ya fallecido, Angelín Vigil.

El bar sorprende por sus elementos decorativos como el del cuadro de un "carbayón" gigantesco que cubre toda la pared, sus lámparas de cristal, sus barricas, sus mesas, sus cuadros… y es que su fundador, José Jenaro, era un amante de la estética de bodegón "y lo puso a capricho", nos cuenta Luis. Hasta tal punto se lo tomó en serio lo de crear el ambiente apropiado, que acudió a la subasta de los bienes del antiguo Hotel Oviedo, que estaba en la calle Covadonga y compró hasta la puerta de entrada del chigre. Todos los objetos son del año 1945, así que entrar en este bar es como viajar al pasado.

Con el vino se puede tapear buen chosco de Tineo, lacón, chorizo, sardinillas, queso y latería variada. Los clientes son los de toda la vida, aunque predomina el paisanaje entrado en años, que organiza tertulias muy concurridas y animadas mientras refrescan el gaznate con el vino de los porrones.

La Belmontina y las tertulias republicanas.

Para finalizar el recorrido por los chigres de más solera de Oviedo volvemos a subir por Pumarín, cruzamos la línea de Elorza y ascendemos hacia la Catedral. Junto a la basílica ovetense, enfilando ya hacia la calle del Águila, se encuentra probablemente otro de los chigres más antiguos de la ciudad: La Belmontina.

Manuel Rodríguez Llano lo regenta, aunque en un segundo plano porque ahora mismo el trabajo lo hace María Belén Rodríguez Muñiz.

Manuel cogió el negocio hace ya 39 años, aunque, nos recuerda un cliente habitual: "yo en 1948 ya lo veía abierto". Su fundador fue Plácido Hevia, quien abrió el negocio probablemente después de la guerra y desde entonces ha estado funcionando ininterrumpidamente a manos de tres generaciones.

Su especialidad es la tortilla en diferentes variantes: de patata, de chorizo y de champiñón, y no hay que perderse los jueves por la mañana el hígado encebollado. Todavía se celebran aquí interesantes tertulias entre los parroquianos, muchos de ellos periodistas como Lorenzo Cordero, aunque también personajes locales como Plácido Menéndez Arango y, hasta su fallecimiento, Macrino Suárez, que llegó a ser ministro de Economía en el último gobierno de la República Española en el exilio entre los años 1971 y 1977. Sus contertulianos, tras la muerte de su compañero, decidieron cambiar de mesa por eso del mal fario. Era también un parroquiano de este chigre el padre de Fernando Alonso, el piloto asturiano de Fórmula 1.

No olvidamos otros chigres ovetenses de culto como Casa Ramón, en El Fontán, la sidrería Muñiz en La Lila, El Nalón, en Fray Ceferino, o El Ovetense, detrás de la Audiencia. Todos ellos conservan la esencia del chateo carballón.


Café Dóla
Desde 1895

BARES DE AYER Y DE HOY

Rosa Cordero Díaz

Hay bares que carecen de nombre. Me refiero a que ignoro los nombres reales, esos que suelen aparecer escritos en letras grandes, en letreros colocados en algún lugar visible en la fachada. Algunos ya no existen, como tampoco existe una parte del mundo en la que crecimos, o sobreviven esperando echar el cierre como broche final a una época que respira el fin de sus días. Hablemos de aquellos bares de pueblo, situados en las cuencas y conocidos casi siempre por un nombre de mujer: «María, Blanca o Lucinda» por ejemplo, regentados casi siempre por ellas, mientras los maridos se iban al tajo. Recuerdo esos bares encajados entre el resto de casas, a un lado de la carretera serpenteante y estrecha del valle. Bares de antaño con vistas al monte, tan integrados en el territorio como los castilletes asomando entre la maleza o las escombreras limitando el cauce del río y sus orillas.

En mi memoria el tiempo es una disposición de géneros: por las mañanas algunas mujeres entran a buscar ese olvido culinario de última hora: sal, arroz, pimentón… Cuando hay hombres a esas horas es que son jubilados o trabajadores que irán al turno de tarde, y pueden llegar a estar con una pinta de vino durante un par de horas en silencio. Todo lo contrario de las tardes, bulli-

ciosas y masculinas, en las que beben y juegan a las cartas y al dominó. A veces entonan cánticos que se extienden hasta la noche y solo entonces hablan y discuten de política. Los sábados por la mañana, desde muy temprano, el chigre despide olor a comida, puedes saber qué están preparando aunque te encuentres en la parada del autobús, situada al otro lado de la carretera. Dependiendo de la temporada se puede degustar el pote, callos, jabalí o carne guisada con patatas y algún que otro postre casero como el arroz con leche, o la tarta de la abuela. Los fines de semana son unisex para al ocio, hay mujeres que aparecen por el establecimiento solo para echar una ojeada y comprobar que el marido sigue allí clavado en la barra, y de paso, ver qué se cuece y quién está dentro. Otras acompañan a los maridos en las cenas del sábado, y también se apuntan a la hora del vermú, pero quienes irrumpen con un golpe de efecto sobre la realidad son los «niños de domingo» que, ataviados con sus mejores ropas, después de acudir a misa de las doce, entran resplandecientes a por sus buenas dosis de chucherías y refrescos. Aquellos chigres fueron testigos de una forma de vida, y de todas las emociones posibles que pasaron por allí: el miedo, la valentía, el llanto, la risa, la solidaridad, las pérdidas y las iras, y un humor negro muy parecido a algunas zonas de Irlanda y Escocia.

Hay bares de juventud que inexplicablemente forman parte de nuestra vida, bien por un sentido de la amistad, o por el efecto gratificante de reconocernos en los mismos sonidos, en las mismas angustias que provocan ese desesperado ímpetu por «ser». Al Bar María solíamos acudir una panda de amigas adolescentes los do-

mingos por la tarde, era el típico bar de barrio madrileño, encajonado en un edificio impersonal con la fachada cubierta de escamas. Un espacio rectangular minúsculo con apenas dos o tres mesas a un lado, y al otro, la barra que hacía de frontera entre nuestra impertinencia y aquella señora de la que solo sabíamos que era viuda, venida de algún pueblo de Extremadura, y que no le cabía ni una arruga más en el rostro. Vestida de riguroso negro, la nota de color la ponía el paño de cocina que siempre llevaba sobre el hombro. Con él, lo mismo ahuyentaba a una mosca que limpiaba el borde de un vaso, y casi siempre se liaba a dar manotazos al aire intentando disolver el humo de nuestros cigarrillos. Pero el gran tesoro se situaba al fondo, en el lado corto de la estancia. No podía pasar desapercibido ya que era endiabladamente brillante. Aquella rocola, hoy objeto *vintage* de primera, reverberaba hacia las paredes el rojo metálico de aquella carcasa de la que salía el mágico sonido con solo pulsar una tecla. Allí transcurría la tarde entre discusiones por aclarar a quién le tocaba poner la moneda, si elegir un disco de los *Rolling*, o de *Elvis*. Éramos así de simples.

Entre septiembre y octubre de 1985 me encontraba en Bruselas, y pude comprobar que eso de los bares era algo contagioso. Volvían a repetirse los mismos esquemas, como si un hilo invisible hilvanase los lazos de continuidad entre los lugares dejados o perdidos y aquellos que se incorporaban a la reconstrucción de una nueva geografía. Los emigrantes españoles, y sobre todo los asturianos, fueron grandes transmisores de esa cultura de bar que hoy es bastante común encontrar en la ciudad. Por entonces frecuentábamos El Bar Español, nombre por el que era conocido. Ubicado cerca de los museos, el ambiente

podía ser de lo más variopinto: estudiantes, trabajadores, o visitantes a las exposiciones de Europalia 85. Tenía las características de una gran taberna en la que se servían comidas. Recuerdo estar sentada en una de las mesas pegadas a unos grandes ventanales con rejas, aún conservo una foto en la que aparezco mirando ensimismada hacia la calle, y es curioso porque la imagen me devuelve la mirada plácida y soñadora que no recordaba, pero tras las rejas el paisaje urbano se diluye y desaparece. Aún puedo oír conversaciones de las mesas de al lado, como aquella en la que se comenta el romance entre la China y el Ministro, la dimisión y la crisis de un Gobierno que entra en vena en el papel cuché. Todavía veo la figura estilizada y elegante del escultor Chillida, que se gira en el umbral de la puerta para despedirse de Antonio López, pintor del que yo acababa de contemplar una magnífica exposición en el Museo de Arte Moderno. Le observo sentado en una mesa próxima a la mía, le sirven el plato del día y yo apuro mi café, o puede que se trate de cerveza, lo que sí recuerdo es haberme conmovido por la profunda sencillez en la que parecía estar envuelto.

Es probable que todos los bares a los que hago referencia, esos bares de ayer, ya no existan, y si alguno se mantiene en pie habrá sucumbido, como tantas cosas, a la transformación.

Hoy el número de bares es casi infinito, somos un país donde la tipología se amolda a todos los gustos y costumbres. Los hay que son míticos por su longevidad, y resisten el paso del tiempo ofreciendo una hermosa decadencia clásica y decimonónica, instalada en sus techos altos y moldurados de los que penden lámparas en forma de globos terráqueos. Arcadas y espejos componen y

equilibran las paredes ampliando el espacio y reflejando la luz sobre unas mesas que combinan el mármol y el hierro, como en los mejores tiempos, cuando se creía en la excelencia de los materiales nobles.

Los hay que renacen de las cenizas y combinan el solado con *parquet* de última generación, y pedazos de adoquines y baldosas extraídos de algún antiguo derribo. Están los alternativos que se implican con otras nuevas formas de relacionarse, o puede que no sean tan nuevas y lo que han hecho es ir a las fuentes, al origen que nos lleva a preguntarnos para qué sirve un bar. Está claro que no solo son lugares en los que tomar algo. Por encima de cualquier decoración estética, ubicación y disposición, los bares fueron refugios, puntos de información, intercambio de ideas, lugares en los que se crearon asociaciones, partidos políticos y movimientos sociales. Lo mismo se cantaba que recitaban las penas, se celebraba la vida y se lloraba a los muertos, tal y como sigue ocurriendo hoy en día.



LUMPENÍADA

Ernesto Colsa

A mí me gustan los bares guarros, esos de piso de linóleo, hule grasiento y calendario de la parroquia, sitios donde se pueda conversar sin cortapisas con el primer desgraciado con quien hayamos coincidido mientras fuera el manto de las horas se desplace sin darse uno cuenta enfrascado en sus divagaciones, mejor cuanto más disparatadas por más que esta era de internet en los teléfonos ha acabado con el bello arte de opinar con vehemencia de aquello que se ignora, porque el mundo será más organizado y, por ello, más racional cuando comprendamos que no hay mayor pérdida de tiempo que el diálogo y que la razón le asiste a quien más alto gritare, pues el borracho solo desea escucharse a sí mismo y, si el discurso fluye, que los demás admiren sus asertos sin perjuicio de levantarse de vez en cuando a echar una meada o aplicarse otro tirito, poner caretos en el espejo y recrearse en esos intersticios llenos de mugre entre los azulejos del retrete, en su día los más avanzados en diseño y hoy arquetipo del mal gusto; loa a la mosca, la tapa reseca y el techo tiznado de nicotina, qué mejor atrezo para una jornada beoda, de bar en bar por la barriada, pegando la hebra con los desheredados y llegando a la manos si se tercia, luego expulsados del local por trastabillar y caer sobre los

parroquianos, o por negarnos a apagar el cigarrillo, o por proferir comentarios rayanos en lo tolerable cuando no incursos en ilícito penal, y dirigirnos después a ese tan hermoso al final del callejón del cual también nos expulsaron hace tiempo aunque no recordemos los detalles y bien que lo sentimos porque todas las amistades de fuera de la ciudad terminaban allí de visita y se maravillaban de no haber estado hasta entonces en un establecimiento que amenazara ruina y donde las normas sanitarias ni siquiera constituían cláusulas de estilo, tanta roña se apreciaba por doquiera con un simple vistazo, no se ponga uno a pensar qué habría detrás de aquellos anaqueles con botellas de cuando la guerra, pero la carlista, o bajo ese fregadero donde, eso sí, pasaba el dueño el vaso antes de servir la consumición aunque el precio de venta al público no hiciera exigible semejantes pulcritudes, o ese otro bar magnífico, mitad tienda de baratijas, mitad expendeduría de espirituosos, porque barra había, vaya si la había, y donde se podía fumar con total impunidad no solo al caer la noche, cuando los rigores de la norma se vuelven más laxos, sino a cualquier hora transgrediendo así dos ordenamientos, el de hostelería y el de seguridad al tratarse de la cantina de la gasolinera, con dos cojones, cómo no va a uno a sucumbir ante el embrujo de sitios así, cómo no han de considerarse anatema en esta era de apoteosis de la vinoteca, de culto a los caldos, sin cabida para el tintorro recio de nuestras tabernas lumpen y ni siquiera útil como limpiador de barra al modo que utilizan ciertos camareros esa ginebra adquirida al por mayor, que yo lo he visto; no se espere en ellos música de moda ni propia de subculturas específicas, todo lo más el soni-

quete de los programas de la tele o el sempiterno partido con ese tono monocorde de los locutores solo alterado en ocasionales lances del juego, si bien existe un bar no lejos de aquí donde pude disfrutar del legendario filme *Manolo, guardia urbano* en lugar del Madrid—Barcelona omnipresente a la misma hora en cualesquiera otro de la ciudad y de gran parte del orbe, detalles como estos son los que a uno le generan querencia por cierto tipo de establecimiento más allá de las zalamerías de su personal, porque, amigos, en el ámbito de la hostelería proletaria la impostura ha de quedarse en casa, no en vano la franqueza del tabernero ha de tenerse por un aliciente que no siempre apreciará ese cliente un tanto atildado que en alguna ocasión puede caer por estos lugares bien porque lo lleven o por cualquier otra circunstancia fortuita, ya que difícilmente ha de encontrarse allí por propia iniciativa a, verbigracia, ese cirujano de renombre, a la jueza de instrucción como no fuere trabajando o al bancario adinerado, antes bien al jovenzuelo diletante, al toxicómano irredento o a uno que venga de putas, mas no ocurría así hace un par de generaciones, cuando cualquier profesional liberal acudía a estos garitos adonde se fue a privar toda la vida pues no otros había y sin tantos remilgos como muestran esos a quienes han criado; cuánto daño hacen, madre mía, esas guías enológicas de suplemento dominical, no bien se descuida uno ya lo están aleccionando con que si la añada, los taninos o el prietopicudo de los huevos, vaya nombrecito, y más de una clavada nos han metido al cenar por culpa del gilipollas con ínfulas de experto que se arroga, sin que nadie se la haya conferido, la atribución de gestionar la comanda, se apropia de

la carta de vinos, se pone las bifocales en la napia y pide la primera obviedad que se le viene a la cabeza de entre las memeces aprendidas a vuelapluma en algún foro, a esos querría yo ver en aquel bar del centro donde las putas más viejas terminaban su jornada laboral y se podían escuchar unas chocarrerías de trazo tan grueso que ni el más aguerrido legionario las podría concebir, y luego comparecía el yonqui de la comunidad de vecinos alardeando de haberse agenciado la cartera de su madre tras denegarle la buena señora los veinte euros que precisaba para lo suyo, aunque en sitios así habrá uno de andarse con cuidado, no pasarse de listo y sobre todo no dárselas de cosmopolita y abundar en su discurso de *enfant terrible* si no desea verse aguijoneado entre las cachas, porque también en el ámbito de la subhostelería existe escalafón, que para eso en España somos una potencia en procesiones y bares, y mientras en algunos locales la vida tiene un valor más bien relativo existen otros establecimientos de barrio donde, por mucho que uno se extralimite en sus dislates, nadie habrá de ponerlo en su sitio a menos que el hijo del dueño se encuentre de permiso carcelario; en definitiva, las jerarquías del taberneo conforman un microcosmos sociológico digno de un detallado estudio no llevado a cabo aún, que a mí me conste; a uno del GRAPO, por ejemplo, conocí en una ocasión, pendiente su caso de sentencia en el Supremo y deduje por ello que bastante gorda debió de armarla en su momento y también que quizá lo hubieran trincado por su escasa discreción, pues tan tortuosas trayectorias no han de irse aireando por cualquier cantina, me parece a mí, y en el extremo ideológico opuesto trabé conversación otro día

con un nazi loco que se recogía la camiseta para enseñarnos los navajazos que le habían asestado en el talego, adonde fue a parar por una tontería como tener la casa llena de explosivos y atrincherarse allí mientras amenazaba a la policía con volar el edificio si subían a buscarlo, en fin, gente de todos los pelajes, laya y condición se encuentra uno por los garitos de ese mundo, además, como decía aquel, dónde habrá uno de ligar si no en los bares, ¿en las fuentes?, si bien esto también debería matizarse por culpa del puto internet y las *webs* de contactos, vaya por dios, y ha de tenerse en cuenta que no hace muchos años, antes de la globalización, como diría un cursi, a un chino le resultaba incomprensible el hecho de que en occidente nos reunamos a beber y fanfarronear en unos lugares denominados bares, no le encontraban sentido alguno a semejante forma de divertirse cuando eso mismo puede hacerse en casa, y si a los chinos les extraña algo probablemente se hallen en posesión de la verdad por una simple razón demográfica; en cualquier caso, si azarosa es la vida del cliente no menos tortuosa la del tabernero, quien ha de inventariar los despojos tras el desaguisado colectivo de cada noche, como le ocurrió al dueño de ese bar de copas al encontrarse unas oblongas heces primorosamente depositadas en un vaso de tubo en el excusado de señoras, pues muchos arrestos han de tenerse para dedicarse a la hostelería y una voluntad a prueba de toda clase de cantos de sirena, empezando por el propio género, a ver quién resiste día tras día sin trasegar con todo ese alcohol a un solo palmo, en mi caso sería poner a la alimaña al cuidado del ganado; ¿y hace un siglo, o un par de ellos, si me apuran?, ¿qué aspecto ten-

drían las ventas, las posadas, las tabernas, los sitios de beber en general cuando no había electricidad, agua corriente ni tantos remilgos por parte de la parroquia como ocurre ahora, que al cliente se le tolera devolver el vino por flotar en él una simple brizna de corcho?; algo muy malo le pasa a nuestra civilización si hemos llegado a estos extremos y no es de extrañar, así, que apenas queden vestigios de esa otra hostelería que ya nunca volverá, esa con mapas de la provincia en las paredes, musiquilla de las tragaperras, lemas ultraconservadores en la ornamentación y peladuras de gamba entreveradas con gurruños de servilletas dispuesto todo ello encima de un sustrato de serrín, noble material hoy también proscrito por mor de una normativa sobreprotectora que ha pergeñado algún burócrata ignorante del placer de jugar a los naipes sobre un tapete lleno de lamparones y dar cuenta mientras tanto del muestrario de licorería añeja expuesto tras la barra empezando por un extremo y terminando por el otro, como hacían los situacionistas, *ne travaillez jamais,* y apostar con los amigos a ver si hay huevos de apretarse un chupito de esa botella de la que nadie recuerda haber bebido y cuya etiqueta a duras penas puede distinguirse bajo la pátina de porquería, no, qué han de saber ellos del encanto de lo cutre, lo estrafalario y lo marginal, cualidades cuya esencia se aprehende de manera más prístina en los humildes y anodinos bares de barrio a los que estas breves líneas pretenden vindicar. Vale.


Long John

CHOQUE AGRADABLE DE ENFOQUES COMPLEMENTARIOS DERIVADO DE UNA ANÉCDOTA VERÍDICA

Aidan Mcnamara

En un viaje a la capital de la Irlanda verde (ahora que va de guay sin la 'u' de ultra, gay de primer ministro, y alegre de la antigua acepción del término inglés *gay*) con un amigo un poco menos verde, Juan Uriel Mijas, decidimos hacer una peregrinación a la torre Martello ubicada en las afueras de Dublín, en el barrio de Sandycove (que antes era una aldea pesquera), donde se ambienta el primer capítulo de la novela más famosa y menos leída del siglo veinte, *Ulises* de James Joyce.

Comenzamos el viaje (siempre a pie) desde otro barrio, antaño también una aldea y ya igualmente engullida por la gran ciudad, (Dublín representa más del cuarenta por ciento de la economía (PIB) de la república actual, gracias a las becas de la UE y las inversiones norteamericanas tipo Google, Amazon, eBay, etc.) que se llama Blackrock.

En estos dos pueblos que forman parte de la costa sureña del condado de Dublín residió Joyce (Joyce ha dormido en más camas que tuits tiene Trump). Hay una placa en el edifico del punto de partida de nuestra excursión que lo indica, ya que su pueblo irlandés natal ha

pasado de escandalizarse por su obra a forrarse gracias al turismo literario.

Hace bueno. El cielo nos abanica con una polca de azul y beige. Tardamos una buena conversación en llegar a la torre. Justo antes de visitarla, Juan me pregunta si conozco una taberna cercana para almorzar y, a ser posible, con vistas al mar. Yo le confieso que estoy oxidado en cuanto a las zonas de juerga del barrio y que hace mucho que no he caminado por el distrito.

De pronto, provocado por un impulso de toda la vida, me acerco a una pareja joven de paseo con su hija de tres o cuatro años y les pregunto. Tienen pinta de lugareños por sus pecas oriundas y su atuendo camisetero ¡Los turistas van con bufandas!!!

—Disculpen etc.

—Sí, muy cerca etc.

Risas contenidas al presenciar una leve discusión entre los adultos sobre las direcciones más eficaces para ayudarnos a situarnos y encontrar el bar de su encarecida y unánime recomendación.

Les doy las gracias, mientras registro con agrado que el señor tiene un fuerte acento inglés del sur de Londres y la señora, uno igual de estridente del Norte de Dublín. Vamos bien, pienso, a pesar de los tópicos rancios sobre las relaciones tradicionales entre ambas islas.

Juan hace una mueca amable de teleñeco a manera de despedida a la niña, que le contesta con una mirada precoz que parece querer decir "¡cómo tardan los padres en ponerse de acuerdo sobre temas nimios!"

Después de visitar la torre, que sí vale la pena porque la entrada es gratuita (aunque la visita no es para

tanto), y estar es más emocionante que ver virtualmente, nos dirigimos al pub.

Nada más sentarnos con unos bocadillos de chorizo (España va muy bien en las cartas irlandesas y la porcelana de los servicios también procede del reino), y unas cervezas negras (con gluten como el buen Dios del Vaticano manda), Juan me dice:

Estás viejo ya. En vez de incordiar a la gente, podrías haber consultado tu Smartphone para aclarar la información sobre chigres aledaños y echar un vistazo a los comentarios de los clientes.

Medito un poco y le contesto:

Los vecinos, cuando son clientes habituales de una tasca, no se toman la molestia de comentar sobre ella. Y, además, ¿no sería más bonito echarme un cumplido por haber identificado una fuente local de información, en vez de pasar quince minutos de mi vida con TripAdvisor?

Juan asiente lentamente con un ademán entre la humildad y la expiación, y se levanta para aliviarse del denso lúpulo.

Vuelve en seguida.

Oye, no encuentro la puerta de los servicios.

A mí qué me cuentas. Hace décadas que no piso este establecimiento (que sí me resultaba familiar), que, por cierto, tiene casi más objetos relacionados con el maestro, que la torre ¡¡¿Por qué no sacas tu teléfono?!!

Me levanto con él (aunque habla inglés perfectamente, el adverbio más abusado de la industria de la enseñanza de idiomas) con ganas de solucionar el misterio y porque poseo una vejiga más pequeña que el CI de Mike

Pence, el vicio-presidente del tuitero. En vez de acerarnos a la barra a consultar, empleo la fórmula española que casi nunca falla. Al fondo a la…

Juan me mira con cara de impaciencia y frustración acuciante. Llegamos a una puerta de madera con mucha solera. Tiene un letrero bien viejo que dice: *Almacén de cerveza usada.*

A Joyce le habría gustado.



SPONSORS




GANT



ÍNDICE DE TEXTOS

GEMA FERNÁNDEZ. La Caja de Músicos. 19

LAUREN GARCÍA. La codiciada copa del «Sol y Sombra» 27

SANTIAGO BERTAULT. Chuvis is the place. 31

JAVIER F. GRANDA. Barra adentro. 37

VIRGINIA GIL TORRIJOS. Var-had@s. 49

MANOLO D. ABAD. Hothouse. 61

TAMARA CAMINO. Pues sí que las rubias pegan más fuerte que el whisky. 67

JOSÉ YEBRA. Bodega del Niño. 75

HERNÁN VALLADARES ÁLVAREZ. El bar y otros antros, pequeños templos de la amistad. 83

RUBÉN RODRÍGUEZ. Babel Gong. 95

FEE REEGA. Casa Manuela. 101

CEFERINO MONTAÑÉS. Bares. 107

FERNANDO ROMERO. Los últimos chigres de Oviedo. 117

ROSA CORDERO DÍAZ. Bares de ayer y de hoy. 127

ERNESTO COLSA. Lumpeníada. 135

AIDAN MCNAMARA. Choque agradable de enfoques complementarios derivado de una anécdota verídica. 143

ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

GEMA FERNÁNDEZ. La Caja de Músicos, Gijón. 17

LAUREN GARCÍA. Sol y Sombra, Oviedo. 25

SANTIAGO BERTAULT. Chuvis, Oviedo. 29

JAVIER F. GRANDA. El Olivar, Oviedo. 35

VIRGINIA GIL TORRIJOS. El Pumarín, Pola de Siero. 47

MANOLO D. ABAD. La Salvaje, Oviedo. 59

TAMARA CAMINO. Sol y Sombra, Oviedo. 65

JOSÉ YEBRA. Bodega del Niño, Cacabelos. 73

HERNÁN VALLADARES ÁLVAREZ. Nuba, Madrid. 81

RUBÉN RODRÍGUEZ. Gong, Oviedo. 93

FEE REEGA. Casa Manuela, Gijón. 99

CEFERINO MONTAÑÉS. Diario Roma, Oviedo. 105

FERNANDO ROMERO. Don Vinazo, Oviedo. 115

ROSA CORDERO DÍAZ. Dolar, Oviedo. 125

ERNESTO COLSA. Casa Filomena, Oviedo. 133

AIDAN MCNAMARA. Casa Pachu, Oviedo. 141

LUIS SALGADO. Diario Roma, Oviedo. 151

RUBIO MARCOS CAMPOS. Sol y Sombra, Oviedo. 153

AMADEO F. DURÁN. El Olivar, Oviedo. 155

Este libro ha sido posible con la colaboración
de los siguientes patrocinadores:

Luis Salgado
[Diario Roma]

Rubio Marcos Campos
[Sol y Sombra]

Amadeo Fernández Durán
[El Olivar]



DIARIO
ROMA
Calle Mon, 13 Oviedo
SOL & SOMBRA
Plaza del Sol · Oviedo Antiguo
El Olivar
Calle Oscura · Oviedo